

seremos ley



Crónica de la lucha feminista
por la legalización del aborto

Juana Luna Tammone

Seremos ley

SEREMOS LEY

Crónica de la lucha feminista por la legalización del aborto

Trabajo Integrador Final

Juana Luna Tammone

Este libro corresponde al Trabajo Integrador Final de mi Licenciatura en Comunicación Social con orientación en Periodismo.

El arte de tapa es obra de Camila Bucar.

Escrito, editado y encuadernado durante 2018.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
Universidad Nacional de La Plata.

*Nos,
las ciudadanas del pueblo de la Nación Argentina,
reunidas en la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto
Legal, Seguro y Gratuito,
en Encuentros Nacionales de Mujeres,
en asambleas, en las calles,
en nuestros lugares de trabajo,
en instituciones educativas;
por voluntad y elección de encarnar esta lucha,
en cumplimiento de nuestros pactos sororos,
con el objeto de constituir la equidad nacional,
afianzar la justicia social,
consolidar los derechos humanos,
promover la autonomía y el bienestar general
y asegurar la libertad para nosotras,
para nuestra posteridad,
para todas las mujeres, lesbianas, travestis, trans
y varones del mundo que quieran habitar en el feminismo,
invocando la fuerza de toda razón y justicia,
¡exigimos aborto legal, seguro y gratuito ya!*

A modo de prólogo:

Este libro busca contener un lenguaje no sexista. Por eso, opté por la escritura de palabras no genéricas con “x”, en un intento de romper con el binarismo hombre/mujer e incluir a todos los géneros.

En un contexto de fuerte avanzada de la derecha conservadora y neoliberal en la Argentina en particular y en Nuestra América en general, creo que es menester defender la educación pública como un derecho fundamental y como herramienta de emancipación de todos los pueblos.

Mi Trabajo Integrador Final no hubiera sido posible sin la posibilidad de acceso a una educación pública, gratuita y de calidad, como la que tuve el privilegio de recibir en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata; la casa de estudios que forjó mi mirada crítica y mi sentido de responsabilidad por narrar esta historia, la de las pibas, la de la lucha y el compromiso ineludible por extender un poco más los límites de lo posible y ampliar los márgenes de nuestra libertad.

Este trabajo logró materializarse gracias a la energía y dedicación que, desinteresadamente, depositaron en este trabajo mi directora Florencia Cremona y co-directora Rocío Gariglio, trabajadoras y luchadoras de y por la educación pública.

Tampoco hubiera sido posible llevar este TIF adelante sin la amorosa e incansable militancia feminista de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, de las socorristas de todo el país y especialmente de la colectiva Mala Junta en La Plata, quienes confiaron en mí y me permitieron retratarlas. A todas ellas está dedicado este libro, junto con el agradecimiento y la admiración que siento por su necesaria labor.

Por las que ya no están, las que perdieron la vida a causa de la clandestinidad, del silencio, del estigma. Por las que el Estado desprotegió y la sociedad culpabilizó: por ellas juramos vencer.

Finalmente, el pilar fundamental que me permitió escribir este relato, que siento como un logro personal y colectivo, fue un puñado de mujeres hermosas y fuertes que me acompañan y enriquecen en cada charla, en cada lectura compartida, en cada encuentro en los que construimos sororidad y feminismo: mis amigas Agos, Maru, Valen, Ine, Barbi, Montse y Cami, y mi mamá, Viviana. A ellas abrazo con estas palabras.

Juana Luna Tammone, septiembre de 2018.

HOLA, HABLA VIOLETA

Un viernes de otoño, después de salir del instituto de formación en el que estudia para ser enfermera, Mariela va a una farmacia alejada de su barrio y compra el test de embarazo que horas más tarde le daría positivo. Está en el baño de la casa en la que vive con sus hijos: Gian, de 16 años y Manuel, de 11. Se mira seria al espejo, observa con detenimiento su piel aún tensa, se reconoce en ese reflejo que tiene enojo en la mirada. Recuerda las otras veces, los otros test de embarazo: el abrazo con su marido, contarle la noticia a su familia, pensar posibles nombres, empezar a imaginar cómo serían los ojos de esos bebés deseados. Pero ahora no piensa en nada de eso. Con sus manos rollizas forma un cuenco, junta agua helada de la canilla y se moja la cara. Aunque nadie la esté mirando esconde su rostro moreno para llorar. Se siente mal, se siente una boluda.

Cuando su marido se tomó el palo con la amante, Mariela empezó una nueva vida. Terminó el secundario y se anotó en enfermería. Conoció a Lucas y empezaron a verse hace cinco meses. Se quieren, se acompañan, pero no

como para tener un hijo. Intenta imaginar cómo encajaría una criatura en su rutina: si ya le cuesta muchísimo con dos, con tres sería imposible. No le dan los números, ¿cómo mantiene su laburo y sus estudios con un bebé? “No puedo, no quiero”, repite en su cabeza, envolviendo el maldito test positivo en papel higiénico y escondiéndolo al fondo del tacho de basura de la cocina, debajo de la yerba usada. “No puedo, no quiero”, y piensa en cómo hacer para que ni Lucas ni su familia se enteren. Sabe muy bien lo que diría su madre: que la bendición, que cómo no va a estar contenta, que una buena mujer tiene que darle un hijo a su pareja. Pero Mariela ya tiene 35 años y está cansada de que decidan por ella.

Sabe que hay una solución, que no va a morir por abortar, pero no está muy segura de cómo hacerlo. Conoce el misoprostol pero no porque se lo hayan enseñado en la escuela de enfermería, sino porque lo leyó en Facebook, en un grupo de mujeres al que la sumó una amiga. Entonces busca y encuentra: un posteo donde alguien deja el número de las socorristas. No sabe por qué pero siente confianza, o es en realidad que no tiene mucha más opción. Espera a la noche, a estar sola en su casa. Se arma de coraje y llama.

Sobre la mesa hay dos botellas de vino y un desparramo de vasos, cubiertos, migas y servilletas usadas. Los platos están vacíos pero aún queda olor a guiso de lentejas en el aire. En las paredes hay pósters de Evita y Lohana Berkins.

La ventana de la cocina está empañada y cinco mujeres que rondan los 25 años hacen sobremesa. Algunas fuman cigarrillos armados, otras toman té y todas tienen la atención puesta en la imagen que devuelve la pantalla de una notebook, al otro extremo de la mesa. Es uno de los aportes de la colectiva de Actrices Argentinas a favor de la ley de interrupción voluntaria del embarazo, un spot donde se teatraliza la experiencia de un aborto.

—¿No sienten que todas las mujeres nos estamos organizando con esto?— pregunta alegre Paula García. Todavía le cuesta creer la visibilidad que logró el tema, que es su militancia de base desde hace años.

—Es increíble, está saliendo a hablar gente que nosotras no buscamos, todo el mundo está necesitando posicionarse. Es como que se nos fue de las manos en un re buen sentido— observa otra, dimensionando la importancia central que finalmente tomó la problemática en la sociedad argentina, cuando el movimiento de mujeres logró instalar el tema en la agenda pública y en el debate parlamentario.

—Está siempre en tensión, salta todo el tiempo, en todas las conversaciones— acuerdan, respecto al nivel de politización que tomó el debate en la esfera privada.

Para las militantes feministas el debate no es nuevo, sino que se trata de una de las reivindicaciones primordiales de la historia del movimiento de mujeres: que el Estado garantice el acceso a un aborto libre, gratuito y seguro

para todas aquellas personas que desean interrumpir sus embarazos. A lo largo de años de pelea, el feminismo logró desestabilizar muchos de los sentidos asociados a esa práctica, que se han cristalizado en regulaciones restrictivas y señalamientos que no contribuyen más que a criminalizar a quienes optan por decidir sobre su cuerpo y su vida. Hace tiempo que la pregunta no es si aborto sí o aborto no: ahora el eje de discusión es si la práctica seguirá siendo clandestina o si el Estado legislará a favor de la salud y autonomía de las mujeres.

—A mí me llama muchísimo la atención cómo tantas nos estamos empapando sobre feminismo, buscando material para leer, encontrándole el sentido a las cosas que nos pasaron siempre— reflexiona en voz alta Paula, mientras exhala lento el humo de su cigarrillo.

—Miranos a nosotras, discutiendo esto un jueves a las once de la noche, ¡somos unas ñoñas del aborto!— responde otra, riendo.

El sonido de un teléfono despabila a Paula, que enseguida va a revolver su mochila y atender la llamada. Sobre el fondo de pantalla del dibujo de dos mujeres que se besan, brilla un número desconocido. No es su celular al que llaman, sino que se trata del *teléfono violeta*: la línea pública de las socorristas de Mala Junta al que llaman las mujeres que necesitan información sobre aborto seguro. Esta semana le toca a Paula encarnar a Violeta, atender la línea y pautar encuentros personales con las mujeres

que cursan un embarazo no deseado. Acostumbradas a los llamados, que pueden llegar en cualquier momento y lugar, las amigas de Paula siguen su conversación. Ella se va al cuarto de al lado para poder hablar más tranquila:

—¿Hola? Sí, cómo estás, soy Violeta, ¿quién habla? Ajá, ajá. Mariela, contame cómo conseguiste nuestro número.

— ...

—Ah, joya. Bueno, te cuento cómo nos manejamos. Somos una colectiva feminista que se llama Mala Junta y lo que hacemos es brindarte información para que te puedas autogestionar un aborto seguro con pastillas. Lo que hacemos es pactar una reunión con vos donde te contamos el procedimiento; venís, te sacas todas las dudas y te acompañamos durante el aborto.

— ...

—Sí... Sí, la verdad es que están re caras las pastillas. ¿Vos tenés receta? ¿A qué farmacia vas a ir? Bien, mirá: lo ideal sería que vengas al taller, hacemos el acompañamiento y después te acompañamos por teléfono durante. ¿De cuántas semanas estás?

— ...

—De nueve, bien. ¿Y cómo lo confirmaste? ¿Con una eco? Claro, está bien. Nosotras hacemos los talleres en una casa

popular en Los Hornos que tiene Patria Grande. La próxima es el viernes a las 10 de la mañana. ¿Vos podés?

El socorrismo es la tarea feminista basada en el acompañamiento a mujeres que deciden abortar. El nombre de esta forma de activismo está inspirado en la experiencia de las feministas de las décadas del '60 y del '70, particularmente de las italianas pero también de las francesas y de las estadounidenses, quienes generaron espacios de contención para mujeres que abortaban, desafiando así las imposiciones del patriarcado. En Argentina existe una red nacional de socorristas que nuclea a todas las organizaciones que encarnan esta forma de acción directa. A su vez, Socorristas en Red forma parte de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, un espacio de articulación del que participan más de 500 agrupaciones a lo largo y ancho del país y desde el cual se impulsa el principal proyecto de ley que en 2018 se debate en el Congreso.

Paula García tiene 28 años, nació en Viedma pero vive hace un tiempo en La Plata. Es delgada, morocha y tiene partes de su pelo corto teñidas de violeta. Lleva una luna llena tatuada en el brazo izquierdo y viene de una familia con tradición de compromiso político. Es acompañante terapéutica y milita hace dos años en la colectiva feminista Mala Junta, dentro del partido político Patria Grande. “Siempre estuve a favor del aborto. Yo me hice un aborto que no fue una experiencia piola. Fue un aborto con mala

información, le pagué a un médico, ni siquiera conocía que existieran las socorristas. Me lo hicieron con un método malo, tuve complicaciones y terminé yendo a una guardia donde me trataron re mal. Todo lo que no es un aborto feminista, en definitiva”.

Siente que hace lo que hace por compromiso más que por deber. “Una milita desde el deseo y de cierta gratificación cuando ve que las cosas se solucionan; porque algo que tiene el socorrismo es que es una práctica muy concreta: conocés a la mujer, te reconocés en ella, estás pendiente hasta que ese aborto se completa y sabés que todo salió bien. Acompañamos todo ese proceso de principio a fin. Yo siento mucha identificación con las mujeres que acompaño. Muchas veces, las mujeres atravesamos las mismas cosas, hay caminos marcados más allá de nuestras características particulares. Lo veo en el taller cuando las socorridas se relatan y se cuentan entre ellas. En lo personal, yo celebro mi aborto cada vez que veo que otra piba abortó acompañada”.

Valentina Bianchi tiene 24 años y hace cinco que es socorrista. Su piel es blanca, tiene una sonrisa amplia y ojos almendrados y amables. Lleva el pelo corto, más arriba de los hombros, con un costado rapado y el flequillo que se corta justo en la mitad de su frente. En su mochila hay dos *pins* que lleva para todos lados: uno que luce los colores del orgullo de la disidencia sexual y otro que dice “puta feminista”, la consigna de las trabajadoras sexuales sindicalizadas en AMMAR. Estudia para ser profesora de Historia en la Universidad Nacional de La Plata y da clases a personas

privadas de su libertad en unidades penitenciarias platenses y de Florencio Varela. “Nosotras pensamos el socorrismo como una práctica que garantiza un derecho y que da acceso a un aborto seguro. Pero también es una estrategia para la legalización, es un lugar de disputa, de construcción de conocimientos, de consultar experiencias, de vínculo feminista. Para nosotras hacer socorrismo es caminar hacia la legalización, que haya profesionales de la salud que garanticen esos derechos, que se hable de aborto en medios de comunicación, que no se retome una sola experiencia sino que haya muchas. No tenemos la receta del aborto feminista, sino que lo vamos construyendo a medida que lo hacemos”. Ella también abortó, pero no en clandestinidad: viajó a Uruguay, de donde es y en donde vive su familia, e interrumpió un embarazo no deseado cuando tenía 18 años. “Sabemos que la legalidad del aborto no implica que sea feminista. Todo aborto parte de una decisión, que puede ser pesada o no. Que un aborto sea feminista no exime que te pueda angustiar, pero yo creo que hacerlo entre mujeres, con un acompañamiento desprejuiciado, garantiza que no haya violencias o que se reduzcan al mínimo: eso es un aborto feminista”.

En el socorrismo hay mucho de construcción colectiva del saber en relación con el aborto, explican las militantes, “porque de golpe vemos que hay socorristas que han atravesado un aborto, o que existe un manual popular de cómo hacerse un aborto con pastillas, además de que generamos estadísticas a partir de experiencias reales”. Valentina señala que trabajan sobre la base de lo que dice

la Organización Mundial de la Salud, “pero eso también lo ponemos en juego con todo lo que vemos en la práctica cotidiana. Por ejemplo, en los folletos poníamos ciertos síntomas que después veíamos que eso a las mujeres no le pasaba. ¡Bueno, no lo pongamos! O de repente manejábamos un método, el bucal, que es ponerse las pastillas entre la encía y el cachete, y notábamos que era complicado porque las pastillas se caían o producía llagas. Entonces lo sacamos”.

El socorrismo, como el feminismo, se construye en la práctica. “Nosotras aprendemos un montón de las mujeres, adquirimos esas experiencias dentro del relato. Por ejemplo, yo ahora les digo de entrada que si se les caen las pastillas cuando ya pasó una hora desde que se las pusieron, no pasa nada. Porque eso me lo preguntaron un montón de veces entonces ya les anticipo esa información para que no se pongan nerviosas. Tratamos de construir la relación más igualitaria posible”

La contingencia del embarazo no buscado, que ahora atraviesa la vida de Mariela, la cruzará con Paula y Valentina. El viernes conocerá la militancia socorrista que busca construir un horizonte donde la maternidad no sea una obligación, sino un deseo.

ABORTAMOS HERMANADAS

*Rosa rosa, amiga, revuelta,
despierta de noche si es mi desición.
La manada me banca si quiero parir o abortar,
eso lo decido yo.*
Rosa rosa - BIFE

Después de un montón de tiempo, paró de llover. El cielo se despejó y unos rayos de sol tímidos amanecieron sobre la ciudad, sacándola un rato de la nube en la que estuvo inmersa los últimos diez días. La tormenta de anoche fue brava: en los barrios fuera del casco de la ciudad, más de 100 personas fueron evacuadas. Una de las mujeres socorridas que iría al taller hoy no pudo llegar por la lluvia: anoche el agua le entró en la casa e inundó toda la manzana.

Aún no son las nueve de la mañana. Arriba de un 506 que huele a humedad van Antonella y Valentina, compartiendo el primer termo de mate del día, dejando atrás los edificios de La Plata y atravesando el centro de Los Hornos para adentrarse en la zona de pura calle de tierra y casas bajas. A través de Whatsapp, Violeta -Paula- confirma que este viernes sólo una mujer irá al encuentro. Lo único que saben de ella es que está de diez semanas.

Bajan en 60 y 153 y caminan una cuadra saltando charcos de agua y barro, hasta 154, donde está la Casa Popular Jorge Julio López. Es una construcción humilde de frente gris y persianas americanas, raídas por el tiempo y la falta de mantenimiento. Un perro flaco duerme cerca de la puerta. Adentro hay pilones de alimentos no perecederos, además de bibliotecas, una computadora y pizarrones con los que se dan clases de apoyo. Se armó una copa de leche y en la cocina laburan mujeres haciendo comida para el barrio. También funcionan dos cooperativas de personas ex-privadas de su libertad: la carpintería “Los Topos” y “Rif”, de serigrafía textil. En el patio largo y salvaje del fondo hay un mural: Lo piola del barrio es su gente, dice. Al lado le armaron un altar al Gauchito Gil.

Las socorristas van abriendo las persianas y los ruidos del barrio se meten en la casa. Antonella renueva el mate en la cocina mientras Valentina barre la parte anterior del living, dividido con durlock, donde hacen los talleres. Saca el polvo de una estantería, pone un mantel a cuadros sobre una pequeña mesa y despliega la artillería pesada feminista: folletos rosas y verdes que explican el paso a paso de un aborto seguro. Cuidadosamente pega afiches en la pared: junto a un cuadro de Chávez y una ilustración de Maxi Kosteki y Darío Santillán, ubica un “Aborto legal” en letras grandes. Cerca de la ventana, un dibujo de mujeres bailando en ronda, “Libres o nada”.

Tal vez Mariela no lo sepa, pero tuvo suerte en llamar a las socorristas y no a otro de los números que

circulan. Existen de grupos religiosos que engañan a quienes buscan información para hacerse un aborto seguro y, bajo la promesa de un acompañamiento, las citan para hacerles cambiar de opinión, trabajándoles la culpa con un discurso centrado en “la vida”. Valentina siempre recuerda la historia de una mujer que, antes de encontrarse con las socorristas, tuvo la mala suerte de contactarse con lxs “anti-derechos”, quienes le hicieron ver un sangriento y fantasioso video de la interrupción de un embarazo. También le entregaron folletería con datos de nulo rigor científico, que hablaban de un supuesto síndrome post-aborto que produce “drogadicción, alcoholismo, perversiones sexuales y pensamientos suicidas”.

El pelo de Mariela, negro, muy largo, cae como cascadas sobre sus hombros y le recorre la espalda. Las facciones de su rostro son redondas y las cejas tupidas le dan firmeza a su mirada. Está sentada en el extremo de un banco de madera, encorvada y con las manos sobre la falda. Tímidamente saca una bolsa de bizcochos que compró para el encuentro, acepta un mate amargo y empieza:

—Hace dos meses tuve que dejar las pastillas anticonceptivas por unas semanas, porque eran incompatibles con otra medicación que estaba tomando, y tuve tanta mala suerte que quedé embarazada. ¿Vos podés creer? Yo me enteré el viernes y a él no le conté nada. Porque no, porque no lo conozco tanto, porque no tengo ganas de que se meta. Tuve a mi mamá toda mi vida encima, después mi marido que hace dos años que fue. Y ahí dije basta, a mi ya nadie me va

a decir qué hacer. Ya estoy grande.

Las socorristas no piden explicaciones pero igual Mariela intenta justificar lo que le pasa: que a los otros embarazos sí los sintió, sí los deseó, sí los imaginó. A este no. No lo buscó y no tiene ganas, no tiene por qué tenerlo. Se enreda al hablar, no quiere sonar horrible pero necesita decirlo, transformarlo en palabras para materializar la idea y sacarse ese peso del cuerpo. “No puedo, no quiero”.

Durante el taller, Antonella y Valentina tienen otros nombres, su alter ego abortero: Sol y Diana. Aunque lo que hacen es compartir información y eso no es ilegal, se cuidan. Se intercalan para hablar y le explican a Mariela, detalladamente, el paso a paso de cómo es un aborto con misoprostol: que es el método que recomienda la Organización Mundial de la Salud y que se usa en países donde el aborto es legal, como Uruguay. Que se toman doce pastillas, se puede hacer sublingual o vaginalmente pero hay que elegir un sólo método y completarlo hasta el final: hacer las tres tomas de cuatro píldoras.

Mariela dice que cree que va a ponérselas, porque anda con náuseas y con lo caras que están no las puede vomitar. Las socorristas siguen: que va a sangrar bastante pero no debería manchar más de cuatro toallitas de las nocturnas en dos horas, que si eso pasa tiene que comunicarse e ir a la guardia. Que se asegure de haber expulsado el saco gestacional, que no es más que un coágulo grande y violáceo. Que después es importantísimo hacerse una

ecografía para controlar que no hayan quedado restos que puedan infectarse. Que puede asistir a tal o tal salita si hay complicaciones, que allí hay médicos comprometidos que no van a denunciarla.

Mariela asiente a todo y dice que a ella no le va a dar impresión, que con el laburo en el hospital está acostumbrada a ver cosas feas de la salud. Tiene una duda. ¿Duele? Normalmente sólo un poco más que un dolor menstrual.

Como en casi todas las historias de aborto, la que acompaña a Mariela es otra mujer: su mejor amiga, que no está a favor de la interrupción voluntaria del embarazo pero que alguna vez le prometió que siempre estaría ahí para ella.

Al final del encuentro se llena una protocola, que es un formulario anónimo que recoge datos socioeconómicos de quien decide abortar, manteniendo una perspectiva no culpabilizante. Las estadísticas más confiables que existen hoy sobre aborto en Argentina las han recopilado las socorristas de todo el país con años de sistematización de sus experiencias, y configuran uno de los más pesados argumentos a la hora de debatir la legalización en el Congreso. “Más del 40 % de las mujeres que abortan ya tienen hijos o hijas”, dice Antonella. A Mariela ese número le queda sonando en la cabeza y dice que sí, que es así. Y siente que no está tan sola.

Antes de despedirse, Valentina le pasa el número de su *teléfono de batalla* a Mariela. No es su número personal, sino uno que utiliza para hacer los acompañamientos. Cada militante tiene el suyo. Socorrista y socorrida se miran a los ojos y se abrazan. Mariela agradece con la voz y con la mirada. Estarán en contacto los próximos días, tejiendo una red invisible de sororidad, más fuerte que la presión de una familia católica.

En los cinco años que lleva siendo socorrista, Valentina descubrió que lo más valioso de su militancia es que cambia concretamente la vida de las mujeres. “En estos días, cuando hablamos de aborto, es común escuchar frases como ‘Ninguna mujer quiere abortar’, ‘No estamos a favor del aborto, sino a favor de que se lo despenalice’ o ‘Hay que legalizar el aborto para que no mueran más mujeres’, como justificando a las personas que lo practicamos. No, no siempre es ‘la última opción’”, sostiene. “No siempre se necesita enumerar una lista de factores que te imposibiliten llevar adelante ese embarazo. ¿A quién y por qué le tenemos que justificar el simple hecho de que no queremos en ese momento, o en ningún otro, ser madres? Ese deseo, ese control de nuestra reproducción, de lo que queremos, o no, ser y hacer, no hace menos legítima la decisión”.

Haciendo referencia al lema de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, las socorristas insisten en que es necesario que “Pidamos aborto legal para no morir, pero también sumemos a ese grito que lo queremos para decidir”. En este momento de avanzada, de constante

discusión sobre el aborto, es necesario problematizar también nuestros argumentos, dicen. Para Valentina, “Caer en justificaciones que siguen sumando a la idea del aborto como algo traumático y negativo sólo suma a discursos que pesan un montón en los cuerpos y autonomías de las mujeres, y que tienen consecuencias directas en cómo las mujeres y personas gestantes viven el aborto”. Entonces, la penalización social a veces pesa más incluso que la penalización legal.

“Cuestionemos, en todo caso, por qué aquellos abortos fueron y son transitados de forma traumática. Preguntémosnos sobre las condiciones en que éstos se hicieron, sobre las formas en que ellas fueron tratadas cuando pensaron en interrumpir su embarazo. ¿Fueron acompañadas en esa decisión? ¿Alguien les dijo que se pueden hacer abortos con misoprostol? ¿Saben que es un medicamento que no pone en riesgo tu vida? Las mujeres elegimos abortar y no tenemos que darle explicaciones o pedirle disculpas a nadie por eso”, plantea Valentina con voz firme.

Afuera de la casa popular Jorge Julio López el mediodía transcurre con normalidad: las vecinas hacen las compras, lxs pibxs entran y salen de la escuela. Mariela camina hasta la parada de colectivos y sube a un 506 rumbo a La Plata sintiéndose mucho más liviana.

Luego del taller, Valentina irá a dar clases de Historia a la Unidad N° 9 de La Plata. Antonella cursará en su

instituto de formación en nivel inicial. Mariela irá a una farmacia en la que conseguirá el medicamento sin receta por alrededor de tres mil pesos. Se practicará el aborto en su casa, durante el fin de semana, y Valentina estará del otro lado del teléfono para acompañarla.

MAREA VERDE

*Y ahora que estamos juntas
Y ahora que sí nos ven
¡Abajo el patriarcado se va a caer, se va a caer!
¡Arriba el feminismo que va a vencer, que va a vencer!*

Por estos días el gobierno de Mauricio Macri empezó a coquetear con el Fondo Monetario Internacional. Argentina pasaría de no deberle dinero al ente presidido por Christine Lagarde, a ser el país con mayor deuda del mundo: 50 mil millones de dólares. El Senado discute una ley para frenar el aumento de los servicios públicos que el Presidente de la Nación ya adelantó que vetará. Se reprime a vendedorxs ambulantes y trabajadorxs del subte porteño. Patricia Bullrich, Ministra de Seguridad, insiste en darle “una oportunidad a los militares para que se inserten en la democracia”. La gobernadora de la Provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, cierra escuelas y bachilleratos sistemáticamente y sostiene que lxs pobres no llegan a la Universidad. El dólar alcanza los \$ 25.

La CGT sigue sin convocar un paro general de trabajadorxs.

Las pibas están tomando las calles.

Sobre las baldosas del centro de la plaza principal de La Plata hay un rostro pintado de negro que mira hacia la Municipalidad. Es la cara Johana Ramallo, una piba de barrio y ojos cansados, que está desaparecida desde el 26 de julio de 2017. La madre, familiares y amigxs denuncian que a Johana se la llevó una red de trata y el reclamo por su aparición inmediata se transformó en bandera del feminismo local.

El sol de otoño cae suave entre los edificios del centro y se desparrama en Plaza Moreno, entre la Catedral y el edificio municipal. Está despejado pero hace frío, ese frío helado que traspasa cualquier abrigo. Desde las avenidas y diagonales que desembocan en la plaza, puñados de mujeres van llegando a la concentración, llamada “Martes Verde” y citada a las cuatro de la tarde. Se reconocen entre ellas y algo adentro se les enciende al saberse compañeras. Son fáciles de distinguir: llevan orgullosamente el pañuelo verde de la Campaña atado al cuello o algún pin militante en la mochila. Andan juntas o separadas pero todas van con paso firme y determinación en la mirada. Sobre las baldosas de la plaza ya se reúnen unas trescientas personas, en su mayoría mujeres jóvenes, que alzan banderas e insignias de diferentes organizaciones políticas.

En un principio, el pañuelo verde lo fabricaba exclusivamente la Campaña y era una de sus principales fuentes de financiamiento. Fue creado hace más de diez años. Para tener uno, había que acercarse a alguna de las

actividades que la Campaña realizaba, en los Encuentros de Mujeres o con las socorristas.

Este año el pañuelo trascendió a la organización y ya es un símbolo político en sí mismo, una insignia que engloba un cúmulo de vertientes políticas que se funden en un mismo reclamo concreto. Ahora, vendedorxs callejeros en todo el país lo comercializan en diferentes telas y tonos de verde. Lxs pibxs lo compran a la salida de la escuela y lo llevan bien visible colgado en la mochila, las adultas lo atan a sus carteras o directamente en la muñeca, llevando orgullosamente el símbolo que deja a la vista de todxs las convicciones de quien lo porta.

Durante 2018, el sector a favor del aborto clandestino se apropió del pañuelo como insignia y creó el propio: es celeste y lleva estampada la consigna “Salvemos las dos vidas”.

En este momento, en la Cámara Baja del Congreso de la Nación se está llevando adelante una de las reuniones informativas para debatir el proyecto de Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE). Son cuatro comisiones: Legislación general; Salud; Familia, mujer, niñez y adolescencia y Legislación penal. Todos los martes y jueves de abril y mayo, oradorxs se pronuncian a favor y en contra en intervenciones que no pueden superar los siete minutos. Así, militantes, profesionales de la salud y del derecho, actrices, comunicadorxs, científicxs, académicxs, docentes y demás personas con experiencias relacionadas al aborto

se suben al estrado a decirle al país por qué el aborto tiene que ser legal o mantenerse en la clandestinidad. Desde la postura feminista, hay argumentación de todo tipo: datos duros, experiencias personales, organización colectiva. Del lado antiabortista, mucha mención a Dios y a la moral judeocristiana.

Desparramadxs en uno de los rectángulos de pasto de Plaza Moreno, seis adolescentes en ronda comparten mate y cigarrillos. A un costado se acumulan sus mochilas, de las que cuelgan carteles escritos a mano con fibrón: Es mi cuerpo, es mi decisión. Son cuatro mujeres y dos varones, ningunx supera la mayoría de edad. Tienen piercings en la cara y las mangas de los buzos gastados. Hablan de lo contentxs que están de haber venido, se toman selfies con hashtags de la convocatoria para sumar a la ola verde que también genera disputa en el espacio virtual: #AbortoLegalMiDecision, #Pañuelazo, #AbortoLegalYa. Las feministas no pagan trolls, sostienen su lucha en la calle y en la redes apostando a su capacidad de marcar agenda.

Una de las jóvenes, Quillén, cuenta que estuvo hablando de aborto con su abuela, que hace un tiempo eso era impensable pero ahora pudieron abrirse y contar sus experiencias, encontrarse iguales en las diferencias, abrazarse y sanar tantos años de silencio. Quillén abortó con un médico que le cobró casi \$ 10.000 un raspado. Fue acompañada por su tía y su madre. Su abuela abortó hace

casi 50 años y en ese momento no lo supo nadie. De hecho, recién este año lo contó por primera vez a sus hijas y nietas. El último Día de la Mujer, Quillén, su mamá y su abuela salieron juntas a la calle, al calor del feminismo.

—Hoy vamos a marchar con las socorristas, ¿no?— propone Rosario a sus amigxs. Las chicas responden a coro que sí, los varones se quedan callados.

—Yo no sé quiénes son las socorristas— se anima Santiago.

—Es un grupo de mujeres que son feministas y te dan información si querés abortar —aclara ella—, para que lo hagas de una forma que sea segura y no te mandes una percha, ponele. Vos llamás a un número que tienen y te explican, te dan folletos, todo. Yo fui a una charla de ellas.

—Ah, ¿son las que tienen los pañuelos? ¿Las del misoprostol?

—¡Claro!

Victoria Freire es socióloga y coordinadora del Observatorio de Géneros y Políticas Públicas de la Ciudad de Buenos Aires. “También de vez en cuando juego al fútbol con las pibas”, cuenta para definirse. Es militante de Patria Grande y referenta de Mala Junta. Considera que el movimiento feminista está viviendo un momento histórico, bisagra, “que se siente en el aire y nos pone la piel de

gallina”. Dice que su experiencia es la de una generación que está forjando herramientas para transformar la realidad de las mujeres, es una generación que “tiene historia pero que también está construyendo artesanalmente y orgullosamente una primera persona en plural que tiene conciencia de que somos un amplio y diverso nosotras”.

En 2004 participó por primera vez de un Encuentro Nacional de Mujeres. Recuerda cómo entonces eran pocas en la marcha las que pedían por el aborto legal, apenas algunas cuadas. Y celebra la masividad que se está viviendo hoy, ese salir del ghetto que se da desde el primer Ni Una Menos a esta parte. “No es que el feminismo se haya puesto de moda de repente, es que no se puede tapar con las manos el sol para siempre. Nosotras hablamos de que estamos protagonizando una cuarta ola, y eso dice que ya hubo generaciones de feministas atrás. Algo que caracteriza a esta cuarta ola es que ahora nos estamos animando a hablar, empiezan a aparecer factores que son nuevos como el hecho de lo multitudinario, esta irrupción masiva y esta capacidad del feminismo de interpelar y movilizar a muchísimas personas de distintos sectores sociales y con distintas experiencias”.

En 2017, Victoria fue precandidata a legisladora porteña por el frente Ahora Buenos Aires. “Que el aborto esté saliendo del closet en este momento y poder reconocer que todas abortamos -primera persona del singular o del plural- es también entender que hay diferentes formas de transitarlo y que no tiene por qué ser una experiencia

insoponible o traumática como muchas veces es presentada. De hecho, nosotras estamos batallando contra la idea que se construye en un imaginario de que abortar es un horror. En algún momento nos sucede a nosotras o a nuestras personas queridas, entonces ese imaginario empieza a transformarse. Y nos encontramos con manos amigas, con redes, con organización, y también con una terapia feminista que nos saca la culpa, que no es nuestra pero que también nos insisten en inculcar”.

Durante las exposiciones en el Congreso de la Nación, de cara a lxs diputadxs y a la población de todo el país, Victoria cuenta que ella también abortó. Y sentencia, con firmeza: “Si el embarazo es una contingencia, el deseo tiene que ser la norma para decidir si queremos o no ser madres. Ni el deseo de otrxs, ni el de ningún juez”.

Centros de estudiantes, organizaciones de mujeres, partidos políticos, redes de profesionales: unas quinientas personas se reunieron este martes en La Plata, así como otras cientos de miles en todo el país. El objetivo del día es visibilizar el apoyo popular que tiene el debate que hoy está en estado parlamentario, demostrar que son muchísimas las personas que salen a la calle a defender el derecho a decidir sobre la propia vida y el propio cuerpo. Mientras tanto, en el Congreso, en la lista de oradorxs de este martes está incluida María Elena Ale, militante de Socorristas en Red desde el 2012. Está allí llevando la voz de todas las pibas

que hoy salieron a la calle a destruir tabúes y construir empoderamiento. “A nosotras no nos cuesta sobrevivir o sobreponernos de un aborto cuidado y seguro. Por el contrario, lo que nos cuesta es ejercer la soberanía sobre nuestro propio cuerpo, cuando el Estado desoye tratados internacionales porque no reconoce nuestro derecho a decidir sobre el proyecto de vida que queremos encarnar. Hemos hecho de nuestro activismo un acto de resistencia pero también un acto de amor”.

Con un micrófono y desde abajo del gazebo donde se realizó una radio abierta, una de las integrantes de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito llama a todas a posar para la foto grupal antes de marchar. Y allí van: mujeres, jóvenes y niñas, copan las escalinatas de la Catedral platense desplegando sus pañuelos y levantando en alto el puño izquierdo. La marea verde inundó el centro de la ciudad.

Encarando diagonal 74 desde calle 12, las manifestantes se encolumnan y la marcha empieza, al ritmo de los bombos y los cánticos feministas. Las más jóvenes están bañadas en glitter verde y violeta, las que se atrevieron a desafiar el frío pintaron sus cuerpos con colores y consignas: sobre los brazos de una, se lee “Aborto sí, aborto no / eso lo decido yo”. Hay altavoces, banderas y carteles porque hay muchas cosas que decir. A los costados de la calle se ven las pintadas y graffitis que quedaron impregnados en la ciudad después de marchas anteriores. Uno de ellos, pintado con crudeza sobre la fachada de un

edificio, se lleva todas las miradas: El aborto ilegal asesina mi libertad.

Cada tanto, el ritmo lento de la marcha para y todas se reúnen alrededor de la batucada: hay grupos que se encargan de garantizar el agite con bombos y canciones, que todas repiten en un coro unísono, alegre y feminista. Alguien toma la iniciativa y propone armar un arroz con leche feminista: todas acuerdan y, entre risas, unas sesenta mujeres abren el espacio para tomarse de las manos y así, en ronda, comienzan a girar y cantar:

*Arroz con leche
yo quiero abortar
en condiciones dignas
en cualquier lugar.
Con misoprostol
con intervención
de la forma que sea
es mi decisión.*

“Somos una ola que tiene la capacidad de movilizar desde la felicidad y el deseo; y explicarnos a todas que aquello que vivimos no nos sucede sólo a nosotras, sino porque hay tramas económicas y culturales que nos mancomunan, que hay responsabilidades del Estado”, opina Victoria Freire.

Las pibas cortan la calle, agitan canciones, reparten panfletos. La marea verde y violeta avanza por la ciudad, despacio y con decisión. La mirada de Johana Ramallo está

presente en la ciudad. Las pibas luchan por las que están y por las que no pueden contarlo.

Algunos días atrás, en las exposiciones del Congreso la poeta, escritora y locutora Gabriela Borrelli le dio nombre a esto que pasa. Luciéndolo su pañuelo en la muñeca derecha, dijo mirando a los ojos a lxs diputadxs presentes: “Esta lucha es particularmente hermosa, se puede ver esa energía colectiva, sorora. Les vengo a contar de este hecho hermoso, esta militancia que tenemos las que queremos esta ley. El derecho de las mujeres es un derecho que ejercemos clandestinamente y que pedimos para aquellas que no pueden decidir. ¿Hay algo más bello que eso? Es de lo más humano y vital: un reclamo por el cuerpo propio, personal, pero que en la lucha se vuelve un cuerpo social. Y ya es el cuerpo de mujeres, de varones trans, de mujeres gestantes, y de aquellas que decidimos no serlo, el que se vuelve un solo cuerpo, ese cuerpo social. ¿Existen más pruebas de la legitimidad humana y social de este reclamo? ¿Hay algo más bello que votar una ley con este espíritu?”.

En la provincia de Salta una mujer lleva a su hija de 10 años al hospital por fuertes dolores abdominales. Allí se descubre que la niña cursa 19 semanas de gestación, producto de una violación sufrida por parte de su padrastro. Al momento de conocerse los hechos, la provincia gobernada por Urtubey (PJ) establecía que el acceso a un aborto no punible sólo era posible hasta las 12 semanas de embarazo.

Obligar a una niña a llevar a término un embarazo no deseado es tortura, dice la ONU. Gracias a la indignación, el repudio social y la presión del movimiento feminista, el gobernador resolvió adherir al Protocolo para la Atención Integral de las Personas con Derecho a la Interrupción Legal del Embarazo, elaborado en 2015, que garantiza la práctica de un aborto no punible más allá del tiempo de gestación.

A lo largo del año, mujeres que nunca antes habían participado de una organización feminista comenzaron a juntarse para pensar acciones colectivas en los espacios que ocupan. Más de 700 trabajadoras de la actuación conformaron la colectiva de Actrices Argentinas, llevando a cabo una importante intervención de visibilización en la entrega de los premios Martín Fierro de este año. Más de 500 Ilustradoras, diseñadoras e historietistas de todo el país se reunieron bajo el nombre Línea Peluda con el objetivo de generar contenido gráfico para la difusión de la causa. La Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito activó cátedras de Aborto Libre en muchas universidades nacionales: Rosario, La Plata, Tucumán.

Estas pibas quieren todo. Quieren aborto legal y quieren educación sexual. Pero educación sexual posta: que se aplique la Ley N° 26.150, que es de avanzada y establece que se incluyan identidades disidentes, que se hable de planificación familiar y de que también es válido no querer tener hijxs. Las pibas, lxs pibxs, quieren tener a quién recurrir, que lxs adultxs estén informadxs y que no lxs

juzguen, sino que lxs acompañen. Que se deje de hablar de ellxs y que se les escuche. Lo que pasa es que esta juventud lleva en el pecho las ganas pasionales de cambiarlo todo.

GRATUITA, LAICA, SEXUAL INTEGRAL

Para llegar a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata hay que atravesar el bosque y cruzar la Avenida 122, que hace las veces de circunvalación de la ciudad. *Huma* comparte predio con la Facultad de Psicología, donde antes estaba el Batallón de Infantería de Marina N° 3. Allí funcionó un centro clandestino de detención y tortura durante la última dictadura cívico-militar.

Los edificios donde ahora funcionan las facultades son tan blancos que, iluminados por el sol, encandilan. Fueron construidos durante el último gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, dotando al lugar de un valor positivo y resignificándolo para el crecimiento de la educación superior. Humanidades se divide en tres bloques. En un aula repleto de pibas y disidencias del bloque C, el Centro de Estudiantes organiza un conversatorio llamado “El aborto como una cuestión pública”, con diferentes mujeres que militan el aborto en La Plata. Una de ellas es Valentina, que colgó un pañuelo verde en el pupitre donde está sentada y desde donde cuenta cómo conciben el aborto las socorristas:

—No se trata de tutelar, sino más bien brindar las herramientas para que una otra que lo necesita pueda autogestionar la interrupción de un embarazo no deseado. Un aborto autónomo es una micropolítica feminista de la vida cotidiana, es un acto revolucionario dentro de un sistema patriarcal que nos quiere disociadas con nuestros cuerpos.

De la mano de la colonización de los cuerpos feminizados, existió siempre la ferviente resistencia de los mismos. Ancestralmente, las mujeres han recurrido a diversos saberes sobre cómo y con qué interrumpir embarazos; conocimientos que se pasaban de generación en generación porque la contingencia del embarazo no deseado siempre estuvo presente en la vida de los cuerpos gestantes: yuyos, menjunjes, brebajes y hasta ofrendas.

—Es muy emocionante ver que esto se está construyendo en la Universidad Pública, cuando hace unos años era impensado, a la Campaña nos cerraron la puerta un montón de veces— relata Carolina Petrillo, militante de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito en La Plata. Está rodeada de compañeras que, pañuelo verde al cuello, están sentadas en sillas o en el piso, ceban mate y toman notas. La lucha que las mujeres siempre han llevado adelante comenzó a meterse en la educación pública y a disputar sentidos en la academia. En los últimos meses se han activado diversas cátedras, seminarios y paneles sobre los múltiples aspectos desde los cuales es posible estudiar y complejizar la problemática del aborto y su clandestinidad.

En estos espacios se plantea el interrogante de cómo aplicar las herramientas brindadas por la educación pública para intervenir en los territorios donde el aborto se materializa.

La Universidad Nacional de La Plata se pronunció a favor de la despenalización del aborto el 28 de septiembre de 2010, durante el Día de Acción Global por un Aborto Legal y Seguro, y declaró de interés institucional los programas y campañas tendientes a garantizar el acceso universal a servicios de salud reproductiva de calidad que promueven la igualdad de género y social. Hoy es común ver afiches, proclamas e intervenciones artísticas en los pasillos de las escuelas y facultades, que buscan dar cuenta de que la interrupción del embarazo necesita ser debatida en la comunidad educativa de todo el país. Como esa calcomanía algo rota que alguien pegó en la puerta de la biblioteca de *Huma*, que tiene la foto de un pecho con cicatrices de mastectomía y dice: “Los pibes trans también abortamos”.

Son varios los proyectos de ley de IVE que entraron en el Congreso en 2018, que buscan profundizar una ley vigente desde 1921, es decir hace casi 100 años. Cada uno de ellos supone diferentes concepciones e ideas sobre cómo debería realizarse un aborto legal, pero las feministas están pujando para que salga el impulsado por la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, que ya fue previamente presentado en siete ocasiones. El mismo cuenta con el apoyo de más de 70 diputadxs: la mayoría

de lxs firmantes son del bloque FpV-PJ (38), mientras que el oficialismo (Cambiemos) suma 19 firmas al proyecto: 14 de radicales y 5 del PRO. El Frente Renovador aporta 2 miembros, el Movimiento Evita 4 y el bloque Justicialista sólo una firma. Lxs 3 miembros del Frente de Izquierda están en la lista y Evolución, el bloque de Lousteau, también suma 3 firmas.

El proyecto de la Campaña habla de la salud como derecho humano, sostiene que “toda persona con capacidad de gestar tiene derecho a decidir voluntariamente la interrupción de su embarazo durante las primeras catorce semanas del proceso gestacional”, y que se debe poder acceder “a la práctica del aborto en los servicios del sistema de salud en un plazo máximo de 5 (cinco) días desde su requerimiento”.

Hay tres puntos centrales que hacen que este proyecto sea diferente a los demás. Carolina Petrillo explica: “Otros proyectos de ley que se han presentado, desde el radicalismo hasta el massismo, tienen puntos débiles. Por ejemplo, no ponen freno a instituciones de salud que se presenten como objetoras de conciencia en su totalidad. Nuestro proyecto de ley especifica que aunque las personas individuales puedan ser objetoras de conciencia, no pueden serlo las instituciones. Lo que sucede hoy es que una institución, supongamos un hospital, puede proclamarse objetor de conciencia. Entonces, cualquier médico o médica que trabaje ahí no podría realizar un aborto, por más que esté dentro del marco legal de las tres causales. Ni siquiera se cumple, hoy por hoy, el acceso a un aborto no punible”.

Las feministas saben que a las cosas, para que existan, hay que nombrarlas. Por eso, dice Carolina, “nuestro proyecto habla del acceso al aborto por parte de mujeres y personas gestantes, algo que no aparece especificado en ningún otro proyecto. Es interesante ver que no sólo las mujeres abortamos, sino que toda persona con capacidad de gestar puede quedar embarazada y abortar. Entonces, si esto no está especificado, si no llamamos a las cosas por su nombre, muchas personas trans pueden quedar afuera del derecho y ser sometidas a discriminación y exclusión”.

Por último, la militante señala que el proyecto de la Campaña habla de legalización y no mera despenalización, y que prefieren este término por sobre la idea de despenalización -aunque parezcan términos muy parecidos- porque es necesario poner en foco la responsabilidad del Estado. Con despenalizarlo no es suficiente, se tiene que reglamentar. “Los médicos y médicas, enfermeras, trabajadoras sociales y hospitales en general tienen que tener formación. Y de eso se tiene que encargar el Estado garantizando el aborto como tema de salud pública”.

Victoria Acebal tiene 18 años y usa el pelo lacio, teñido de rubio, con un flequillo que cae justo sobre sus ojos. Tiene una mirada franca y lleva un piercing en la nariz. Junto a su grupo de amigos y amigas está terminando el secundario en el Bachillerato de Bellas Artes, una de las escuelas que

dependen de la Universidad Nacional de La Plata. Desde hace varios meses lleva un pañuelo verde colgado de la mochila. “Debatir el aborto no es algo que esté impulsado por lxs directivxs. No es que lo censuren, nos acompañan, pero nunca nace de ellxs, no forma parte de la currícula y ahí vemos que la ESI no se está aplicando, no está siendo efectiva. Esto no es algo que sea así sólo en nuestro colegio, sino que es la situación general de la educación pública: que lxs docentes no estén preparadxs, que no sepan trabajar la sexualidad en las aulas, que no haya espacio donde podamos llevar nuestras dudas”.

Victoria forma parte de la generación que está siendo el motor de la cuarta ola feminista: es una juventud alegre y sumamente combativa. Ella es parte de la revolución de las hijas, como la nombró la periodista Luciana Peker. Son quienes llevan la batuta: lxs que levantan la voz, mandan, marchan, conducen, cantan y piden por ellxs en su singularidad vital y libertaria. Son lxs pibxs de pañuelos y puños en alto. Como dice Peker, lxs Increíbles Hulk de Argentina no tienen sobredosis de músculos, tienen brillantina contra la invisibilización histórica del machismo.

“En el Bachi existen diferentes secretarías, como Género o Derechos Humanos que son espacios interclaustrales de contención y donde a veces salen propuestas de trabajo o intervención”, cuenta Victoria. “Pero sabemos que en definitiva la movilización por el aborto legal estaría naciendo de nosotras, de las pibas y los pibes”. Para los diferentes pañuelazos y Martes Verde organizan intervenciones

públicas y artísticas, y trabajan en coordinación con otros secundarios de la ciudad. “En la última asamblea se definió hacer un corte de calle y sentada para visibilizar que lxs estudiantes estamos a favor de legalizar el aborto. Son acciones que van acompañadas de otras cosas. Hoy cuando llegamos no entramos al colegio. Lxs directivos nos confirmaron que no pasaban falta, así que algunas fuimos a hablar con lxs profes para que levanten las clases. Entonces cortamos la calle, hicimos una vaquita y juntamos como trescientos pesos para comprar afiches, telas y pinturas y armamos intervenciones ahí, en la vía pública. Hicimos una soga de pañuelos verdes para cortar la calle y colgamos un pañuelo verde gigante en la fachada del colegio que quedó ahí, re grosso, re imponente. Y nos pasó algo re lindo: vino una señora grande, me tocó el hombro y nos dijo que nos felicitaba y agradecía porque nuestra generación está haciendo lo que la suya no pudo”.

CONTRA EL MEDIOEVO

¿Cuál será nuestro límite como sociedad? ¿Qué viene después del aborto? ¿La pedofilia, la zoofilia?

Gabriel Pedro Flores, médico de la UBA, en el debate del Congreso por la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo

Sobre un fondo rojo, junto a la imagen de una virgen de ojos llorosos que lleva tres bebés sin vida en sus brazos, el folleto desafía: Atrévase a ver lo que realmente es el aborto. Adentro, dibujos de fetos desmembrados, sobre charcos de sangre o comparados con el tamaño de una mano. Ellos son “Mudos testigos de un derecho que no existe: el ‘derecho de la mujer’ a matar a su propio hijo”.

La ONG La merced vida es una de las 100 organizaciones que componen Unidad Provida, una red nacional que busca que la práctica abortiva siga manteniéndose en la clandestinidad. Lxs guía “el Evangelio de la Vida, la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia” y autodefinen su tarea como difusión del “derecho a la vida de todo ser humano desde la concepción hasta la muerte natural”. Entonces, se dedican a engañar mujeres que buscan

interrumpir embarazos no deseados para encontrarse con ellas y hablarles del aborto como asesinato y del dolor del no nacido.

Afirman que la “ideología de género” se impuso a los datos científicos de la Organización Mundial de la Salud y, en su folleto -que no cita estudio o relevamiento alguno- anuncian que anualmente se producen 55 millones de abortos quirúrgicos y que esto es comparable con el nazismo. No toman recaudos a la hora de decir que el aborto se trata de un “holocausto silencioso”.

Uno de los puntos que enfatiza la publicación es el “Síndrome post-aborto”, al que equiparan con el “Síndrome post-Vietnam” y que, sostienen, conlleva consecuencias psicológicas y espirituales como negación, depresión, culpabilidad y tendencia al suicidio. Entre otros síntomas, destacan trastornos en la conducta moral como drogadicción, alcoholismo y perversiones sexuales. “Las mujeres que abortan reviven continuamente el momento traumático de un modo muy profundo, y se preguntan a menudo ‘¿Cómo sería ahora mi niño?’. También existe la ‘depresión aniversario’, que ocurre alrededor de la fecha del posible nacimiento”.

Las militantes socorristas saben que hay un sentido común muy establecido que dice que el aborto conlleva un dolor posterior. A lo largo de cinco años de acompañar mujeres que deciden no continuar sus embarazos, Valentina Bianchi sostiene con firmeza que no existe un supuesto

síndrome post-aborto. “Ese mito universaliza totalmente las experiencias. Lo que es traumático no es el aborto en sí, sino las situaciones a las que hay que enfrentarse en la clandestinidad. Por ejemplo, ir a hacerse una ecografía para saber de cuántas semanas se está y que el ecógrafo te diga ‘Mami, ¿no querés escuchar el corazón de tu bebé?’. Traumático es tener que abortar a escondidas de tu entorno, casi siempre de un marido o un padre. Hemos acompañado a un montón de mujeres, que, con contención de pareja, de amigxs, de profesionales comprometidxs con la salud de las mujeres, vivieron abortos que no son traumáticos ni angustiosos”.

Bajo el lema “Cuidemos las dos vidas”, Unidad Provida impulsa la campaña anti-derechos, como la llaman las socorristas. Sus manifestaciones son características por la presencia de bebés de plástico y cartapesta. En la Catedral de La Plata hicieron a Alma: un muñeco de papel maché de seis metros que viaja a todas las marchas anti aborto, simula ser un feto de 12 semanas pero que más bien parece un bebé de varios meses.

Cómodamente sentada en un set de televisión, la diputada Elisa Carrió dice con soltura, en un tono exagerado y gesticulando desmesuradamente, que legalizar el aborto podría convertirlo en un método anticonceptivo.

Durante las exposiciones en el Congreso, diferentes profesionales se manifiestan en contra de la sanción de Ley

de Interrupción Voluntaria del Embarazo, esgrimiendo argumentos como el de Oscar Botta, médico y director ejecutivo de la organización colombiana Profamilia, quien, en un tono catastrófico, dice que “El aborto atenta contra nuestra seguridad demográfica y constituye una verdadera desaparición forzada de persona”.

Cristina Miguens, directora de la revista para mujeres Sophia, interpela a lxs diputadxs: “Hay una abrumadora asimetría de poder entre el niño por nacer y su madre. Es el Estado el que debe velar por los derechos de las minorías, los niños por nacer no cortan calles, no hacen lobby”. El constitucionalista Alberto Bianchi, enfundado en su traje azul, medio canoso y medio pelado, opina: “El aborto es una pena de muerte sobre alguien que es inocente y que no tuvo abogados ni posibilidad de defenderse”.

Entrando ya en argumentaciones conspiranoicas en contra del aborto, el médico Oscar Botta habla con gravedad y se anima a decir que “Estamos discutiendo una agenda que no es propia de la Argentina o Latinoamérica. Esta es una agenda impuesta por poderosos en naciones lejanas, núcleos poderosos de dominio económico para que así seamos menos: despoblar el país y así quedarse con nuestros recursos naturales”.

Romina del Plá, diputada del FIT y una de las primeras firmantes del proyecto de la Campaña Nacional, dice que durante las exposiciones se produjo una anomalía: “La idea de que haya mitad y mitad de los y las oradores

está expresando una distorsión. Esta no es la realidad social. Están sobre-representados los sectores que están en contra del aborto”.

El siguiente discurso corresponde a un audio de Whatsapp que fue viralizado durante el debate parlamentario:

Hola chicas. Como muchas de ustedes saben, yo estoy en un grupo que trabaja con mamás embarazadas que quieren abortar, les damos contención y apoyo y muchas veces logramos que reviertan su posición. Ayer tuve una reunión y estuve en el Congreso. La cosa está muy fea, muy fea. Puro pañuelo verde por todos lados, mucha presión, mucho lobby, mucho medio a favor. Las comisiones que están tratando esto están totalmente captadas, es difícil. Una a veces piensa “esto no va a salir”, o “esto es totalmente inconstitucional”, así que les quería pedir, sobre todo, muchísima oración. Y además la presencia en la marcha, es muy importante que seamos un número impresionante con carteles que digan “Toda vida vale”, “Que se salven los dos”. No queremos ponernos en posición de que siga habiendo abortos y que sigan muriendo madres, pero esta no es la solución. Además estamos pidiendo gente capacitada que pueda dar testimonio pro-vida, porque el otro día había cuatro o cinco de grupos pro-vida y los pro-aborto eran cualquier cantidad. Es muy difícil trabajar desde esa disparidad. Así que nada, chicas, a ponerse las pilas. No son muchos días los que nos quedan, tenemos poco tiempo, vamos a trabajar para que esto no llegue al recinto. Mucha oración y mucha fuerza.

Son múltiples las estrategias que se ha dado la Iglesia Católica para mantener al aborto bajo un manto de culpa y criminalidad que coarta las libertades. Sin embargo, mujeres rebeldes hay en todos lados. Marta Alanis es una de las pioneras por el aborto legal en el país. Es fundadora de la organización Católicas por el Derecho a Decidir, articulada dentro de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Tiene 69 años y militó siempre en la base de las parroquias. El exilio la expulsó a Bolivia, Francia y Nicaragua, y en 1991, en Brasil, supo llamar feminismo a esas incomodidades que llevaba dentro. Es una de las primeras que se animó hablar de aborto en los históricos Encuentros Nacionales de Mujeres. Junto a otras compañeras, en 1997, logró establecer un nuevo taller de debate dentro del Encuentro: “Estrategias para el acceso al aborto legal y seguro”. Con los años, este espacio se transformó en un lugar clave de creación de la ley que hoy se discute en el Congreso. “Estamos a favor de la despenalización del aborto porque las mujeres católicas también abortamos”.

“Somos conscientes del carácter complejo que tiene este debate. Hemos recorrido un largo camino construyendo alianzas y sabemos que hoy hay un amplio consenso en la sociedad. Se ha logrado la despenalización social del aborto: es llamativo el cambio, hace diez años a esta parte, en los medios de comunicación, en las universidades, en la escuela, en las calles, en los partidos políticos”, dice Alanis con el

simbólico pañuelo verde colgado al cuello, exponiendo su punto de vista frente a diputadxs. Habla con una cadencia suave, lenta, como la de una abuela que amorosamente explica algo a sus nietxs. “Defendemos el derecho de las mujeres a decidir sobre sus vidas, no imponemos a nadie que se practique un aborto si no está convencida de eso. Ampliamos la posibilidad de la libertad de las mujeres, lo que sí pedimos con mucha insistencia a lxs legisladorxs que se despojen de las creencias personales al momento de gobernar y pensar en la realidad que vivimos las mujeres. Apostemos a la defensa de un Estado laico”, cierra.

En las últimas décadas, la lucha feminista ha sabido aunar dentro de sí a mujeres de todas las edades y recorridos. Se trata de un diálogo inter-generacional que indudablemente enriquece al movimiento, poniendo en tensión múltiples perspectivas. Junto con feministas de la generación de Marta, que datan una vida de pelea contra las opresiones patriarcales, están las cientos de miles de niñas y adolescentes que, desde su juventud, dan el debate en las escuelas, sus familias, los grupos de amigxs. El protagonismo que tienen las jóvenes en el reclamo por el aborto legal no es menor, sino que son una parte fundamental al momento de impulsar, por ejemplo, el pedido por la aplicación efectiva de la Ley de Educación Sexual Integral en todos los niveles. Aportan al debate alzando la propia voz y hablando en primera persona sobre la especificidad del aborto en la experiencia de niñas y adolescentes.

Así como Marta Alanis se paró frente al micrófono

del Congreso, con su porte y templanza fruto de años de lucha, lo hizo Manuela Begino Lavalle, con la fuerza y el ímpetu propios de su juventud. “Soy Manu, tengo 17 años y soy estudiante de un colegio público de Villa Pueyrredón que se llama Rodolfo Walsh. Quiero hacer la siguiente observación: todas las intervenciones que pude ver en contra de la legalización del aborto vienen de parte de personas ligadas a la Iglesia Católica. Soy consciente de que esto no es una coincidencia o un hecho aislado, sino que es una demostración más del nivel de injerencia que tiene esta institución sobre nuestras vidas, sobre la vida de todas las mujeres. Independientemente de si nosotras deseamos o no, la Iglesia Católica nos controla y regimenta cuando una escuela nos sanciona por usar prendas que considera provocativas o cuando nos enseñan la virginidad hasta el matrimonio como método anticonceptivo. Es imprescindible remarcar que la Iglesia mantiene este nivel de control sobre nuestras vidas porque existe un Estado que se lo permite”.

Tres cuartos de las expositoras que argumentan a favor del proyecto de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito son mujeres. Quienes rechazan esta iniciativa son, en su mayoría, varones. Existe una mayor diversidad de sentidos geográficos, políticos y de disciplinas entre quienes argumentan a favor. Sin embargo, al revisar los listados de quienes exponen en contra se observa que la gran mayoría provienen de la Universidad Católica Argentina y la Universidad Austral. Esto muestra una clara matriz eclesial y moral que subyace a esos discursos.

Ofelia Fernández, de 18 años, dos veces electa Presidenta del Centro de Estudiantes del Colegio Pellegrini de Capital Federal también aportó al debate la mirada combativa de la juventud. Con el rostro enmarcado por su cabello oscuro y los labios pintados de rojo, la referente estudiantil expuso, con contundencia, a favor de la ley de aborto durante seis minutos sin leer una palabra. “Qué país tremendamente irresponsable, que incluso habiendo una ley de Educación Sexual Integral sancionada desde 2006, hagan caso omiso a nuestras necesidades sistemáticamente, para pasarlas por encima con necesidades ajenas, morales y clericales. En las escuelas no se nos incentiva a hacer preguntas y menos entonces se nos otorgan respuestas. Lo que se demanda es información: queremos que nos enseñen que la diversidad sexual existe, queremos que nos hablen del ejercicio del placer, que nos introduzcan al mundo de la anticoncepción. ¿Cómo es posible que a cambio se nos ofrezcan oídos sordos, miradas llenas de juicio y órdenes que parecen ineludibles en cuanto a la maternidad? Tienen que hacerse cargo de que todo el vacío y desinterés fue reemplazado por autogestión. Hemos decidido conquistar nuestra libertad. Hablamos del derecho al aborto como hablamos del derecho a la libertad. El Estado hoy es cómplice teórico y ejecutor femicida de una teoría del horror”.

Mirando a los ojos a lxs presentes, la joven continúa: “¿Dónde están todxs lxs defensores de la integridad, la vida y la moral cuando estamos en peligro? ¿Dónde está el Ministerio de Educación, lxs directivxs? ¿Por qué se asume que nos da miedo abortar y no se atreven a preguntarnos

cuáles son nuestras verdaderas angustias?”. Y finaliza: “Yo puedo decirles que no aborté y puedo confesarles que abortaría. Otra mujer puede decir que ella no. Pero no voy a construir una sociedad más justa hablando de mí, sino militando la libertad de los otros y de las otras. Lo único más grande que el amor a la libertad es el odio a quien te la quita”.

COMO UN TSUNAMI

*Opus Dei
qué facho que sos,
apoya dictadura
impone mano dura
en nombre de Dios.
Cristo Rey
no nos jodas más,
andá con tu familia
que te espera en la Biblia
dejá coger en paz.*

Empezó la cuenta regresiva. Se está viviendo un momento histórico y se nota en el aire: se siente una mezcla de excitación y tensión. Ya hay fecha: el 13 de junio se debatirá y votará en la Cámara de Diputados de la Nación la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo. Todo está teñido de expectativa: las redes sociales, los medios de comunicación, las conversaciones personales. La legalización del aborto está en el centro de la discusión pública y todas las encuestas coinciden en señalar que una abrumadora mayoría de la sociedad argentina está a favor de la iniciativa. Todavía hay alrededor de 15 diputadxs que

no definieron su voto. Son quienes determinarán si el aborto estará un paso más cerca de ser legal, seguro y gratuito en Argentina. La organización Economía Femini(s)ta armó y puso en circulación una planilla colaborativa de Excel online, donde el poroteo se actualiza minuto a minuto. En las horas previas a la sesión, establece 119 votos a favor, 120 en contra, 2 abstenciones y 16 no confirmados. Las militantes de la Campaña saben que hay algunos puntos del proyecto original que podrían modificarse para conseguir el apoyo de algunxs indecisxs.

Las presiones de la Iglesia Católica son cada vez más y mayores, como ocurrió en todos los debates parlamentarios que apuntaron a la ampliación de derechos políticos y sociales en la historia nacional. Desde el comienzo de la vida democrática en el país, la Iglesia se opuso a la independencia argentina, al fin de la esclavitud, a la educación pública y gratuita, al divorcio vincular, a la educación sexual integral y al matrimonio igualitario, por citar sólo algunos ejemplos. En todas y en cada una de esas batallas, el movimiento social demostró ser más fuerte, más estratégico. Y las mujeres saben, con firme convicción, que más temprano que tarde el aborto será ley.

Lxs estudiantes de nivel secundario comienzan tomas y diferentes medidas de fuerza en sus colegios para demostrar apoyo y exigir que el proyecto de interrupción voluntaria del embarazo obtenga media sanción. Las facultades de la Universidad Nacional de La Plata, entre otras, levantan cursadas y llaman a movilizar. En el

espacio virtual comienza una campaña final, donde lxs usuarixs ponen como fotos de perfil imágenes alusivas a la aprobación de la ley. Se multiplican los relatos que viralizan experiencias de aborto en primera persona. Se está saliendo de un closet al que ya no se regresa. La data corre de boca en boca: durante la vigilia estará presente la Unidad Provida en la plaza, al feminismo le toca la parte norte de la Plaza de los Dos Congresos y se estima que el debate durará más de 20 horas.

El martes 12 de junio, en la última reunión del plenario de las comisiones de Legislación General, Legislación Penal, Salud y Familia, el proyecto a favor de la despenalización y legalización del aborto cierra la etapa de debate con un dictamen de mayoría con 64 firmas. El dictamen de minoría, en rechazo, reúne 57 firmas. En todo el país se realizan marchas y pañuelazos.

La red de cuidado sororo está activada: circula información con indicaciones para la vigilia, teléfonos útiles, precauciones a tener en cuenta en caso de represión. La marea verde, que está conformada por un fuerte componente juvenil, se expresa a diario en múltiples instancias de la esfera pública y encuentra un espacio privilegiado de desarrollo en las redes sociales. En conjunto con la militancia en las calles, se gesta una campaña incesante en el espacio virtual. Casi sin notarlo, las feministas se forman improvisadamente en el ciberactivismo: generan publicaciones conjuntas para enviar a lxs diputadxs indecisxs, crean hashtags en Twitter que se posicionan como tendencia mundial para marcar

agenda, ponen en juego la propia capacidad de retórica al momento de crear memes y contenido audiovisual, viralizan diferentes estrategias comunicacionales de masificación que consisten en fotos de perfil verdes o con consignas alusivas.

Una artista plástica formoseña denuncia públicamente que Mario Arce, diputado de Cambiemos por la provincia de Santa Fé que vota en contra del proyecto, la obligó a abortar en 1999 cuando eran pareja. Se denuncian aprietes por parte de la Iglesia. Colectivos llenos de mujeres viajan de todo el país hacia la Plaza de los Dos Congresos. “Este es nuestro mundial”, aseguran las pibas. En el Cementerio de Montparnasse, París, alguien dejó un pañuelo verde sobre la tumba de Simone de Beauvoir.

Arrodillado, envuelto en una bandera argentina, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, un hombre canoso y de traje balancea el peso de su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, moviendo despacio los labios. Está hablando con Dios. Le pide conciencia y misericordia. Tiene una cinta celeste atada en el brazo. No está en una parroquia, está en un gazebo frente al Congreso de la Nación Argentina, rodeado de otras personas que rezan y cantan suave. Un cura de sotana y facciones duras oficia la misa, detrás de un caballete que sostiene un pequeño altar.

Los lados de la Plaza de los Dos Congresos están vallados. Unidad Provida tiene un escenario en la esquina de

Entre Ríos y Moreno, donde se armó un pogo de banderas rosadas y pañuelos celestes al ritmo de “Dicen que no tienen vida, dicen que no tienen voz, pero acá estamos todos, por la vida de los dos”. En el medio alguien agita una bandera argentina en cuyas franjas escribieron: valores, ser humano, no matarás. Caminando entre la gente pasa un señor que levanta una estatuilla de la Virgen María. Hay escarapelas, fotos de supuestos fetos abortados, calcomanías que piden “No me mates”. Predominan las chicas con uniformes de escuela privada, mujeres prolijas y muy perfumadas, hombres con delantal y estetoscopio colgando del cuello. Hacia las cinco de la tarde son cerca dos mil de personas. De tanto en tanto, suena por altoparlantes la voz de Mariana Rodríguez Varela, referenta anti-aborto e hija de un abogado de militares genocidas, y entonces la muchedumbre se levanta en gritos y aplausos de admiración.

Su sector está intervenido con pasacalles rosas, los mismos que usaron en las últimas semanas para hacer campaña callejera en los semáforos de la ciudad de Buenos Aires. En uno de ellos, junto al rostro de un chico con síndrome de Down, se lee: “Si se aprueba la ley, podrán matarme en el noveno mes de embarazo”. Falso. En otro, “El aborto causa depresión severa y triplica el índice de suicidios en mujeres jóvenes”. También falso.

Bajo las luces de colores del escenario, una mujer yace recostada sobre una camilla médica. Lleva varios meses de embarazo y sonríe con la panza al aire mientras una doctora en delantal le practica una ecografía. Junto a ellas, Viviana

Canosa conduce la secuencia: “Diputados, esto es pura vida. Escuchen, los latidos del corazón del bebé son pura vida, hay pulsión. ¡Escuchen, aplaudan, griten!”. Detrás, en una pantalla gigante, se proyectan las imágenes de la ecografía. Los parlantes amplifican por mil el sonido de los latidos. “Somos las mujeres que nos sentimos empoderadas por llevar vida dentro nuestro”, proclama la conductora, ante un público efervescente que agita globos rosas y celestes. Cuando comienza a oscurecer, el sector antiderechos empieza a ser delimitado por un escudo humano de policías, y recomiendan a las feministas no acercarse para evitar ataques y provocaciones.

Del otro lado de las vallas, el sector verde es una fiesta. El movimiento de mujeres organizó una vigilia desde el mediodía. Por el escenario pasan Malena Pichot, Miss Bolivia, Soledad Villamil, Las Taradas y otras tantas artistas. Es una fiesta de bombos, megáfonos, música, pintura de colores, intervenciones artísticas, feria de artesanías. Lxs vendedorxs ambulantes saben a quién le hablan: “¡Hay patys, chicas, hay patys!”. El despliegue es masivo: las organizaciones políticas, que van desde el trotskismo más purista hasta el brazo estudiantil del macrismo, armaron gazebos con diversas propuestas y actividades. Hay talleres, transmisión en vivo de la sesión y mucho, pero mucho, gibré verde. Las feministas son así, tienen esa manía de luchar desde la alegría.

Avanzando desde Rivadavia, adueñándose de la plaza, copando las calles aledañas y transversales: la marea verde avanza y avanza, imparable, con y sin banderas políticas. Ya es un tsunami feminista que va inundando la ciudad. La multitud está amuchada, cuerpo a cuerpo; cuesta caminar, casi no hay más lugar.

Son un millón de personas. Un-millón-de-personas. Niñxs, ancianas, jóvenes, travestis, transexuales, vecinxs de barrios humildes, famosxs, estudiantes, laburantes, familias enteras, personas que vinieron solas, militantes, independientes. Gente que viajó desde todos lados: de Rosario, de Córdoba, de Mar del Plata, del norte y del sur. En este momento, mujeres de todo el mundo están reunidas en manifestaciones públicas frente a la embajada argentina de sus países, demostrando el apoyo del feminismo internacional por el aborto legal, seguro y gratuito; también se concentran en las plazas centrales de cada ciudad, a lo largo y ancho del país.

Cerca de la plaza, donde Mala Junta armó su base para la vigilia, Paula García, maquillada con un antifaz de gibré violeta y cargando un redoblante sobre su cabeza, está intentando atravesar la muchedumbre para encontrarse con sus compañeras. Ella es parte de la Guardia Sacayana, el grupo de la organización que garantiza el agite: son quienes se encargan de hacer sonar los bombos, las que reparten cancioneros, las que prenden bengalas verdes y llenan de aguante y mística la jornada. Absorta en su misión de pasar entre el gentío, escucha un grito que llama a alguien:

“¡Abril! ¡Abril! ¡Abril!”. En principio no presta atención porque su nombre es Paula, pero el grito sigue, insistente, cada vez más cerca suyo. “¡Abril! ¡Abril!”, entonces una mano toca tímidamente su hombro y Paula voltea, en el exacto momento en que recuerda que su nombre socorrista es ese, Abril; encontrándose con los ojos que hace no muchas semanas atrás estaban cargados de angustia por un embarazo no deseado, y que ahora reconoce alegres, vitales. No necesitan demasiadas palabras: socorrista y socorrida se abrazan y por un momento se frena el tiempo y el espacio, y se llena de sentido el estar acá, en la calle, juntas, por su derecho.

Tanto adentro como afuera del Congreso, el movimiento de mujeres logró generar marcos de unidad impensados en otros aspectos de la vida política argentina: militantes y legisladorxs de todo el arco político hoy están estrechamente unidxs por la legalización del aborto. Quienes impulsan la ley en el Congreso armaron un grupo de Whatsapp llamado “L@s soror@s”: son el motor que busca sacar adelante la media sanción. Se trata de diez diputadas, un diputado y una concejal de distintas procedencias partidarias que hicieron alianza para juntar los votos necesarios en sus espacios y así lograr la aprobación histórica.

En el recinto, vestida de verde, la diputada del Frente para la Victoria - PJ Mayra Mendoza hace su intervención:

“La comunidad internacional hoy está mirando a la Argentina porque más de un organismo ha aconsejado que legislemos a favor del aborto legal, a favor de la salud de las mujeres. Quiero hablarle a lxs peronistas que están en duda con su voto. Este también es un tema de justicia social. Nosotrxs representamos a lxs más humildes de nuestra patria y son las mujeres humildes las que mueren por métodos inseguros, por prácticas horribles para interrumpir sus embarazos. Eva Perón planteaba: donde hay una necesidad, hay un derecho. Hoy está la necesidad de terminar con muertes evitables, hay un derecho al aborto legal”.

Durante la tarde pega el sol pero oscurece temprano y la temperatura baja abruptamente, entonces el mate se reemplaza por vino y comienzan a prenderse los fuegos en los que se arman las ollas populares y que proveerán calor por la noche, que amenaza con ser larga y una de las más frías del año. Montones de centros culturales, locales comerciales y departamentos privados de la zona se ofrecen como punto de descanso y calefacción. Las feministas arman campamento acá y allá, juegan, cantan, militan, bailan. Hay agite, hay esperanza, hay abrazos compañeros. Algunas tienen tareas de seguridad, otras preparan los guisos, otras cuidan a lxs niñxs. Quienes no pudieron venir al Congreso informan desde las redes sociales lo que está pasando en Diputadxs: algunos discursos son emocionantes y otros, nefastos. Una legisladora antiderechos compara a las personas gestantes con los embarazos caninos y con dar cachorros en adopción. Otro dice que si sale la ley va a pedir que se

construya un cementerio de fetos. A las ocho de la noche, Lilita Carrió publica una foto suya rezando en una capilla.

La noche helada se impone pero las feministas no ceden: durante la madrugada son decenas de miles aún ocupando las calles. Las carpas y bolsas de dormir se multiplican, alrededor de fogones improvisados con cajones de verdura y ramas. Sigue la batucada, sigue el baile, sigue la lucha. Se comparte el guiso de las ollas populares y las mantas para hacerle frente al frío. Dentro del Congreso, las bancas se dividen casi a la mitad entre pañuelos celestes y pañuelos verdes. Cerca de la medianoche, la diputada de Peronismo para la Victoria Lucila De Ponti interviene a favor del aborto diciendo que hoy las mujeres están cobrándose una deuda de la democracia. Habla en nombre de Ana María Acevedo, muerta porque se le negó el acceso a un aborto no punible. También en nombre de Belén, criminalizada en Tucumán por un aborto espontáneo, y de María Campos, que falleció por un aborto insalubre en Santiago del Estero. Son más de 3000 las mujeres que perdieron la vida por abortos inseguros desde el regreso de la democracia, dice. “¿Y lxs que se oponen a este proyecto nos vienen a hablar de defender la vida?”.

La mezcla de emociones hace que dormir sea casi imposible. A las seis de la mañana, el diputado del FpV-PJ Axel Kicillof, ojeroso, dice que afuera están congregadas cientos de miles de mujeres que vinieron a pedir un derecho,

no a obligar a nadie a hacer nada. “Hay una hipocresía de la que se habla poco, y es que existe un gigantesco negocio detrás del aborto clandestino. Hasta \$ 30.000 llega a salir un aborto. El misoprostol, cuando no se consigue con receta, sale cuatro veces más de lo que sale recetado. El camino es muy simple, es seguir lo que hoy hemos visto que nos reclama nuestra sociedad afuera del Congreso. Una enorme mayoría, gigante, nueva, vivaz. Real. Son las mujeres”. Alrededor de las siete, las organizaciones hacen asambleas con sus militantes para aclarar el panorama, que no es bueno. El porroteo arroja 126 votos a favor versus 128 en contra. Las redes sociales llevan y traen información. Las diputadas que están encabezando la lucha verde puertas adentro del Congreso -Lospennato, Macha, Mendoza, del Plá y Donda, entre otras- hacen una llamado a las organizaciones: “¡Convoquen desde las 7.30!”. Se activan tuitazos masivos a lxs legisladorxs que, a horas de la votación, siguen indecisxs.

El voto del tucumano Facundo Garretón pasa de verde a celeste a último momento. El del fueguino gastón Roma, aún indeciso, podría ser definitorio. Los números todavía no son favorables para las feministas. Elisa Carrió llega 20 horas tarde al debate, quiere tomar la palabra y se enoja con el presidente de la Cámara, Emilio Monzó, que es de su propio partido. Amenaza con romper con Cambiemos y, entre gritos y gesticulaciones, abandona escandalosamente del recinto.

A las ocho y once de la mañana, el peronista de La Pampa Ziliotto tuitea que él, junto a sus dos compañerxs diputadxs, votarán a favor del proyecto.

A las nueve, el debate está cerca de cerrar. El sol ya se levantó sobre Buenos Aires y la esquina de Rivadavia y Callao, junto al Congreso, estalla de gente. La pantalla gigante sobre el escenario revela lo que está pasando adentro, los últimos momentos. La diputada Silvia Lospennato -del PRO-, interviene con un sentido y coherente discurso que pone a aplaudir de pie sus compañerxs del recinto y a las mujeres que la escuchan afuera. “Se buscó hacernos creer que estamos debatiendo aborto sí o aborto no. Lo que estamos hablando es de aborto legal o aborto clandestino. Quisieron apropiarse del concepto de defender la vida, pero en este debate sólo hay una propuesta que defiende la vida y es la propuesta de la legalización del aborto. Lamentablemente no llegamos a este recinto con una mayoría abrumadora a favor de la legalización. Porque en la historia, la conquista de los derechos es una victoria que se le arranca al opresor, un poder que se le resta a alguien que lo ejerce para cambiarlo de manos. Y hoy estamos conquistando el poder de defender sobre nuestros propios cuerpos, a la autonomía de las mujeres, el derecho a elegir sobre nuestros proyectos de vida.

(...) Lxs que se oponen a legalizar esta práctica dijeron que lo hacen porque defienden la vida desde la concepción, pero a los cinco minutos no sostuvieron argumentos respecto del embrión producto de una violación o de los embriones congelados por tratamientos de fertilización asistida. No es desde la concepción, sino desde la concepción consentida, menuda diferencia. No son todos los embriones, sino lo que anidan en el útero de una mujer, no los que están congelados en una heladera.

Miles y miles de mujeres pasaron la noche en la plaza esperando que alumbremos la ley, miles y miles están siguiendo este debate en todo el país. Nos interpelan con el interés genuino y profundo de conquistar este derecho, un derecho que nosotrxs no podemos desoír. Porque desoír este pedido lo único que va a hacer es retrasarlo en el tiempo. Pero no lo van a impedir, porque las mujeres no abandonaremos la calle, no nos volveremos a ocultar en el seno de nuestros hogares ni tendremos miedo. Vamos a luchar por la paridad cueste lo que cueste. Lxs que voten por el no, sepan que lo único que están ofreciendo a las mujeres es la amenaza de cárcel. Este es el siglo de los derechos de las mujeres. Más tarde o más temprano, las jóvenes que portan en la mochila los pañuelos verdes van a conquistar los derechos que reclaman. Saquemos de la clandestinidad al aborto. Legislemos por la salud y la autonomía de las mujeres”.

El nerviosismo es la sensación generalizada que atraviesa los cuerpos que, aunque cansados, resisten en la calle, aguantando el frío impiadoso de junio. Muchas se turnaron para dormir, otras directamente pasaron la noche en vela, algunas se fueron en la madrugada y volvieron temprano a demostrar el apoyo popular con el que cuenta el proyecto.

A las diez menos cinco de la mañana soleada del jueves 14 de junio de 2018, la marea verde revienta en saltos y lágrimas, y la tensión reinante se disipa en un explosivo grito colectivo de victoria. Afuera del Congreso, la pantalla

gigante devuelve la tan ansiada imagen: con 125 votos en contra, 129 a favor y una abstención, el movimiento feminista logra la media sanción del proyecto de Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo.

Las mujeres están corriendo los límites de lo posible, acercándose un paso más a conquistar su plena autonomía y ciudadanía.

Ahora la historia la escriben las pibas.

Hoy la calle es una fiesta de llanto alegre, abrazos y amor feminista.

Y la certeza de que a la clandestinidad no volvemos nunca más.

PELEA COMO UNA PIBA

Nadie está forzando a las mujeres a tener abortos. Nadie tampoco debería obligarlas a someterse a un parto. Fuerce partos si usted quiere, Argentina, pero por lo menos llame a lo forzado por lo que es. Es esclavitud reivindicar poseer y controlar el cuerpo de otra persona y sacar provecho de eso.

Fragmento de una carta de la escritora Margaret Atwood enviada al Senado Argentino

Alumbradas por la media sanción recién aprobada en la Argentina, feministas de toda América Latina activan Campañas Nacionales por la Legalización del Aborto en Chile, Colombia, Venezuela, México y Paraguay, entre otros países donde el aborto todavía se encuentra penalizado.

Un anesthesiólogo sanjuanino publica en su Facebook: “En mi guardia los abortos se harán sin anestesia”. En Córdoba, un policía dice que quiere “practicar puntería sobre pañuelos verdes”. El repudio es tan grande que ambos son rápidamente desafectados de sus cargos.

El miedo está cambiando de bando.

A una semana de la aprobación en la Cámara Baja, la vicepresidenta Gabriela Michetti gira el proyecto de Interrupción Voluntaria del Embarazo a cuatro comisiones para su discusión en el Senado: Salud, Justicia y Asuntos Penales, Asuntos Constitucionales y Presupuesto. Quien preside esta última comisión en el Senado es Esteban Bullrich, acérrimo antiabortista, quien es su cuenta de Instagram publicó el poema de un feto que pide por favor no ser abortado. El ministro de Salud de la Nación, Adolfo Rubinstein, manifiesta en varias oportunidades que no es necesaria una nueva partida presupuestaria para que el sistema de salud, el cual se compone de servicios públicos, obras sociales, medicina prepaga y diversos institutos pueda asistir la demanda de aborto legal. ¿No entendió Michetti todavía que la legalización del aborto medicamentoso es muchísimo más barato que sostener 50 mil internaciones anuales por abortos mal realizados?

Mientras tanto, un puñado de instituciones de salud privadas -algunas confesionales-, se manifestaron públicamente anunciando que, aunque salga la ley, se negarán a hacer abortos. Reclaman la posibilidad de proclamarse institucionalmente como objetores de conciencia. “Nuestro hospital no es un ámbito en el que se vaya a hacer un aborto, saben lo que pensamos. No hacemos abortos, punibles ni no punibles”, dijo a la prensa el director del Hospital Universitario Austral, Fernando Iúdica. No demoran en replicarse testimonios de mujeres que confiesan haberse realizado abortos pagos en las mismas clínicas que ahora se oponen a realizar abortos legales.

Entonando el Himno Nacional argentino, militantes antiaborto irrumpen en el salón dorado del municipio de Tandil, donde el ministro de salud nacional Adolfo Rubinstein daría una charla sobre acceso universal a la salud. “Es una vergüenza”, declara el ministro. “Es una sensación fea y un clima de intolerancia que no se condice con lo que se venía dando hasta ahora en el debate por el aborto”.

La reconocida escritora canadiense Margaret Atwood, autora de El cuento de la criada, twitea a Gabriela Michetti: “No haga la vista gorda ante las miles de muertes que hay cada año por abortos ilegales. Dele a las mujeres argentinas el derecho a elegir”. Entretanto, la vicepresidenta asegura que “Todo el interior está en contra del aborto” y enseguida el movimiento feminista organiza unos 80 pañuelazos en todo el país. Federico Pinedo (PRO), el presidente provisional del Senado, le aconseja a la diputada Lospennato que baje un cambio con su feminismo y sus redes se llenan de mensajes de mujeres diciéndole que baje un cambio con su machismo y que las feministas *no nos calmamos nada*.

Ya no hay agresión sin respuesta.

El dólar pisa los \$ 30. Reprimen con balas de goma a lxs docentes en Chubut. Comienza a gestarse en el país una Campaña Nacional por la Separación de la Iglesia y el Estado. Los jefes de los bloques de la UCR y el PRO en

el Senado consensúan no girar el debate de interrupción legal del embarazo a la comisión de Presupuesto. El hijo de Gabriela Michetti dice en una entrevista que apoya el proyecto de ley. Por estos días la conquista de derechos tiene nombre de mujer: se aprueban las leyes Brisa -de protección a niñxs cuyas madres fueron víctimas de femicidio- y Justina -que establece que todxs lxs ciudadanxs serán donantes de órganos salvo que expresen lo contrario-. El martes 10 de julio vuelve a teñirse de verde: el debate en el Senado ha comenzado. Las feministas siguen en la calle, no se han ido y no tienen pensado hacerlo sin una ley de aborto en sus manos. Ya hay fechas sobre las que están puestas todas las expectativas: el 1 de agosto se firmará el dictamen en la Cámara Alta y el 8 tendrá lugar la votación. Ese día puede cambiar radicalmente la vida de todas las argentinas.

Así como en la Cámara Baja, en el Senado pasan oradorxs que exponen a favor y en contra del proyecto. El conservadurismo sigue esgrimiendo razonamientos arcaicos y el movimiento de mujeres continúa presentando sólidos argumentos médicos y jurídicos. “La biología no define vida humana, define vida”, sentencia el biólogo Alberto Kornblihtt en el estrado del Senado durante el debate en comisiones, en una de las intervenciones más reconocidas por el movimiento feminista por su coherencia, simpleza y profundidad. El también docente e investigador superior del CONICET explica que un embrión no es lo mismo que un ser humano y que el término “vida humana” no es un concepto biológico, sino una abstracción que resulta de convenciones sociales, jurídicas y religiosas. “La vida es una

forma particular de organización de la materia que cumple con dos condiciones esenciales: reproducción y metabolismo. Las células de un embrión están vivas, así como las del feto y las del bebé o las del adulto. Pero también están vivos los espermatozoides eyaculados fuera de la vagina, los óvulos que son eliminados en cada menstruación y las células de la placenta, que se desecha en cada parto, están también vivas. Las células de un humano que acaba de morir siguen vivas por un tiempo no despreciable. Todo lo anterior nos lleva a considerar el estatus del embrión. Para la biología, un embrión es un embrión y no un ser humano. En todo caso, es un proyecto de ser humano que necesita una serie de pasos que ocurren dentro del útero para llegar a ser un ser humano”.

El biólogo explica que, si bien la unión del espermatozoide con el óvulo es condición necesaria para formar el cigoto, no es suficiente para generar un ser humano. “La información genética proveniente de los padres no es suficiente. Es necesaria otra información provista por la mujer a través de la placenta”, sostiene.

Durante el debate, la Senadora radical de Tucumán Silvia Elías de Pérez tiene un desafortunado intercambio con Kornblihtt en un intento por comprender la exposición del especialista, que rápidamente es tildado de “papelón”:

—Usted ha dicho recién que si los médicos detectan que el embrión va a nacer mal y no recomiendan un aborto es lavarse las manos— inquires la legisladora.

—No dije recomendar. Repita lo que yo dije. Dije “no dan la posibilidad”.

—Bueno, los médicos que detectan...

—En todas las partes del mundo donde está legalizado el aborto existe lo que se llama *genetic counseling*. Si se hace un diagnóstico prenatal y se sabe si el niño va a nacer con una enfermedad que no tiene cura, se le informa a la mujer o a la pareja que tiene la opción de interrumpir el embarazo.

—O sea que usted está propiciando el uso eugenésico del aborto— afirma la legisladora.

—No, no es un uso eugenésico, es la voluntad de la madre.

—Está claro que si de pronto detectan que un niño con síndrome de Down, o con...

—Yo no dije síndrome de Down, dije enfermedad incurable. ¿Usted cree que el síndrome de Down es una enfermedad?

—No, no, no... Una discapacidad, pongámosle— titubea Elías de Pérez.

—Perdón, ¿usted cree que el síndrome de Down es una enfermedad? Porque lo dijo usted.

—Está bien...

—No, no está bien, está mal— sentencia el biólogo.

—Igual no es médica— dice alguien desde atrás, en un intento de salvar a la senadora.

—Bueno, yo tampoco— dictamina Kornblihtt—. Y el aborto no se recomienda, es aborto es una opción.

Nueve dólares al año por persona es el costo que tendría para el Estado la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo. Este dato es arrojado por un informe de la Comisión Guttmacher-Lancet sobre salud y derechos sexuales y reproductivos. El organismo, creado en 2016, es una instancia de colaboración internacional entre profesionales del área de la medicina. Esos nueve dólares anuales que representan el costo promedio en los países en desarrollo para garantizar el acceso universal a los derechos sexuales y reproductivos, incluirían anticoncepción moderna, aborto medicamentoso o con intervención y atención materna y del recién nacido. Mientras tanto, se estima que unas 50.000 mujeres ingresan al sistema público de salud argentino por complicaciones en abortos inseguros, lo que representa 50.000 internaciones y sus distintas variables, dependiendo de cada caso: quirófano, anestesia, medicación, terapia intensiva y las posibles secuelas que deba atender el hospital.

Sumando los abortos clandestinos que por

complicaciones terminan en el sistema de salud público y los abortos no punibles tratados con distintos métodos, se estima que la práctica demanda como mínimo un total de 1077 millones de pesos al Estado argentino. El equipo de la senadora chubutense Nancy González (FpV-PJ) elaboró un informe titulado “El costo del aborto inseguro”, en el que se señala que la legalización del aborto implicaría una reducción del 43 % de los recursos que actualmente destina el sistema de salud pública para atender complicaciones resultantes de abortos clandestinos. El costo se reduciría en un 55 % si además el Estado produjera misoprostol. La senadora González critica a los sectores que se pronuncian en contra del derecho al aborto por supuestas cuestiones económicas. “Hablar de ‘gasto’ cuando está en juego la vida de miles de mujeres me parece, por lo menos, despiadado y violento”, sostiene.

Hace no muchos años, el misoprostol costaba el 10 % de un salario mínimo en un contexto de inclusión y expansión del empleo. Hoy, programas como el “Ellas hacen” ya no existen, y la magra Asignación Universal por Hijx no alcanza ni para una caja de Oxaprost. Como en 2001, la devaluación hizo estallar irrisoriamente el precio del medicamento. La precarización de la salud de los cuerpos gestantes es también lo que representa el FMI en la Argentina.

Santa Fe es una de las provincias que mejor ha aplicado el Protocolo para la Atención Integral de las Personas con Derecho a la Interrupción Legal del Embarazo. Allí se

brinda misoprostol de forma gratuita para la realización de ILEs desde 2012. La aplicación de los protocolos de ILE y el uso de misoprostol fueron la receta para que desde hace seis años Rosario tenga mortalidad cero de mujeres por abortos inseguros y clandestinos. Sin embargo, el Estado provincial adquiriría el medicamento del laboratorio privado Beta, el único que lo produce bajo el nombre de Oxaprost y que lo vende mezclado con diclofenac a un valor que ronda los 3000 pesos. Avanzando resolutivamente sobre la problemática, el gobierno santafesino ha pedido al Laboratorio Industrial farmacéutico (LIF) de la provincia que elabore el medicamento en su planta, para garantizar su accesibilidad y reducir los costos para el Estado. Desde diciembre de 2017, LIF tiene bajo observación tres lotes pilotos de 100 mil comprimidos de misoprostol. Esta primera tanda tuvo un costo equivalente al 10 % de lo que vale el Oxaprost y una vez aprobada esta producción, estará disponible para su distribución gratuita. Será la primera vez que la droga usada para abortar de manera segura y ambulatoria estará disponible en Argentina en estado puro. Desde el directorio del LIF se anunció que también otras provincias están interesadas en la compra y que el laboratorio está en condiciones de abastecer a todo el país.

Trajeado, con un banner del Senado a sus espaldas y frente a decenas de legisladorxs, el médico pediatra Abel Albino sonrío y gesticula enfáticamente mientras diserta frente a la Argentina. Tiene el pelo canoso, anteojos y un

marcado acento mendocino, arrastrando las erres y las eses. Es especialista en desnutrición y fundador de Conin en la Argentina, una cooperadora para la nutrición infantil financiada por, entre otras, Ledesma y Coca-Cola. Trabaja con población vulnerable, está estrechamente vinculado al desarrollo de políticas públicas en el país y es miembro del Opus Dei.

La desinformación es peligrosa porque confunde y, en casos como este, puede poner en riesgo la salud de la población. Este hombre, quién fue evaluado para ser ministro de salud del gabinete de Macri, dijo en 2015 que la homosexualidad es un problema y la masturbación, una adicción que produce angustia. Se opone a que el Estado distribuya preservativos gratuitamente y sostiene que sólo corresponde tener sexo para contribuir a “la obra del creador”.

Luego de más de cuarenta minutos diciendo cosas como “Es muy frecuente el egoísmo, ¿entonces hay que legalizarlo?” y “Ustedes van a tener las manos manchadas de sangre de esas criaturas”, un murmullo quejoso interrumpe el silencio de la sala. “La mujer tiene que entender que el profiláctico no la protege de nada. El virus del SIDA atraviesa la porcelana”, esgrime, impune. Escandalizada, frente al indisimulable asombro de lxs presentes, una de las oyentes abandona la sala. Albino, inmutable, habilitado para ejercer la medicina, prosigue: “El virus del SIDA es 500 veces más chico que el agua”.

Los desafortunados y peligrosos dichos de Albino le valieron una lluvia de memes, la quita del título de “ciudadano ilustre” en la ciudad de Guaymallén, el repudio de la comunidad médica y científica y la puesta en duda de su mención honoris causa en la Universidad Nacional de Córdoba.

Martes 31 de julio. Último Martes Verde frente al Senado y en todo el país. La Operación Araña se pone en marcha. Objetivo: que la tierra tiemble desde abajo. Estrategia: tejer una red verde para que la marea inunde el subsuelo porteño. En todas las líneas, las metrodelegadas del subte colocan enormes pañuelos de la Campaña Nacional en el frente de las locomotoras. En el interior de los trenes cuelgan tiras y banderines. Músicas, actrices y militantes intervienen en los vagones con canciones, interpretaciones y performances. Como un mantra, una frase resuena en el subsuelo de la ciudad capital:

¿Qué nos mueve? El deseo.

¿Qué nos mueve? El deseo.

¿Qué nos mueve? El deseo.

Luego de ocho jornadas, el miércoles 1° de agosto finaliza el debate en comisiones del Senado. Lxs impulsorxs de la ley buscan incluir modificaciones para lograr adhesiones de cara a la votación. Se propone la baja de 14 a 12 semanas de gestación como límite para la interrupción del embarazo,

la inclusión de la objeción de conciencia institucional, la eliminación de penas para médicos que se opongan a la realización de un aborto y la habilitación de la producción pública de misoprostol. Se necesita la firma de la mitad más unx de lxs miembros, es decir, 27 de las 53 firmas que integran las tres comisiones por las que pasó el proyecto: Justicia y Asuntos penales, Asuntos Constitucionales y Salud. Finalmente el proyecto obtiene 26 firmas, una menos de las necesarias. Por su parte, la oposición al proyecto no presenta dictamen de rechazo.

Como no hay dictamen ni a favor ni en contra, el proyecto que llegará el miércoles 8 al recinto es el mismo que aprobó la Cámara baja, sin modificaciones. Los cambios sólo podrían introducirse en la votación en particular de cada artículo, que es el proceso posterior a la votación en general, es decir, si el proyecto se aprueba.

El 1968, Carlos Saúl Menem, posteriormente devenido Presidente de la Nación Argentina, acompañó a su esposa Zulema Yoma a realizarse un aborto seguro pero ilegal en una clínica. Cuando en 1999 la entonces Primera Dama hizo pública su experiencia, Menem declaró: “Soy antiabortista por principio y convicción”. Durante 2018, como senador, se ausentó al %85 de las audiencias de debate en la Cámara alta y adelantó su voto en contra de la ley de aborto.

El sábado 4 de agosto, el sector que sostiene que el aborto debe mantenerse en la clandestinidad realiza marchas en todo el país convocadas por la Iglesia Evangélica. La consigna “Salvemos las dos vidas” se mezcla con “Jesús es el camino” y “Toda vida vale”. En la Ciudad de Buenos Aires marchan por la 9 de Julio, con bebés de plástico atados a palos que enarbolan como banderas. Sobre un escenario con pantalla gigante desfilan bandas religiosas de rock, pop, y folclore; la multitud entona el Himno Nacional Argentino.

Esa misma noche, Liliana Herrera, de 22 años y madre de 2 niñas, muere en el Hospital Regional de Santiago del Estero producto de una infección por un aborto inseguro, víctima de la clandestinidad. Según el comunicado médico, la operaron para sacarle el útero, hizo varios paros cardiorrespiratorios en el medio de la cirugía, pasó a terapia intensiva y falleció al poco tiempo. En lo que va del año, es la tercera mujer que muere en ese hospital producto de un aborto clandestino. Su historia repite la de María Campos, de 37 años y madre de 5 niñas y un varón, quien falleció allí tras un aborto con una sonda a fines de febrero, apenas días antes del inicio del debate en el Congreso.

ABORTO PARA SER FELIZ

El siguiente es un relato singular, uno más de tantos, pero nunca aislado. Las rastas coloradas de Manuela caen sobre sus hombros y contrastan con su piel blanca, casi transparente. Tiene los labios gruesos con los que toma mate con hierbas y convida su experiencia. Manuela abortó con misoprostol acompañada por las socorristas. No pudo decirlo en voz alta hasta este año, cuando empezó a sentir que su relato podría ayudar a otras mujeres, que sus palabras podrían darle fuerza a alguien. Ese es su fin cuando comparte su historia: no quiere que ninguna mujer se sienta sola, ni culpable, ni obligada, nunca más.

Yo aborté el año pasado, en 2017, en julio. Me acompañaron mi prima, una amiga y mi hermana, quien se encargó de estar con mi hijo de casi dos años, ya que en ese entonces él todavía tomaba teta y se dormía todas las noches conmigo, con mi teta. Me acuerdo que tuve que estar un montón de tiempo sin darle, para lo que estaba acostumbrado a tomar mi hijo, tipo canilla libre. Fueron 48 o 72 horas sin teta.

Decidí abortar porque estaba en una situación familiar, por así decirlo, complicada. Económicamente complicada

también, porque me alcanzaba para el alquiler, para comer y hasta ahí nomás. Laburaba todo el día con mi hijo a cuestas, con otros dos niños más y cuidando mi ex suegra con Alzheimer. Era una situación de estar abocada a todo el mundo menos a mí.

Tenía 21 años, iba a cumplir 22, mi hijo casi 2. Vivía en La Plata en ese momento. Estaba en una situación súper complicada en todos los aspectos, emocionalmente desequilibrada.

Medité durante 21 días todas las noches. Me iba a acostar con la pregunta y al día siguiente la respuesta siempre era la misma. Que no, que no podía, que no tenía que ser. Lo hablé con la partera de mi hijo, que es mi chamanita, y con mi mamá. Y las dos me hicieron poner foco en mis sentires, en lo que me estaba pasando en ese momento y olvidarme de las culpas, de todo tipo de autoflagelo del estilo “Qué mala persona soy”, sino decir “Estoy haciendo todo lo que puedo con lo que tengo”.

La verdad es que antes de esta situación no sabía mucho de métodos. O sea sí, sabía de métodos pero no sabía en profundidad de qué se trataba exactamente, cómo era, dónde, con quién. Así que me informé bien y tomé la decisión.

Estaba de un mes cuando me enteré y no disfrutaba nada: ni comer, ni dormir, ni relacionarme con nadie. Todo me hacía mal, me dolía, todo era una gran pesadilla. No la estaba pasando bien, y ya habiendo estado embarazada entendí que una está super perceptiva y sensible y que todas son señales increíbles cuando una vibra con eso, cuando una realmente lo desea. Habiendo tenido a mi hijo hacía tan poco tiempo, en mi casa, habiendo disfrutado

cada uno de los momentos: un embarazo mágico, un parto mágico, el puerpério más tranquilo que pude haber pedido. La verdad es que había disfrutado tanto cada uno de los pasos de mi hijo, que esto desde el principio estaba siendo una carga. Aborté porque tuve un embarazo hermoso y sabía que ese no iba a ser así.

Todo me daba a entender que no era el momento, que no tenía que ser, me estaba costando aceptarme a mí misma que la respuesta estaba viniendo sola pero también sabía que en algún momento me iba a decir “Muy bien, Manu, tuviste la fuerza, pudiste elegir”. Hubo momentos tristes, de aceptación, nunca de arrepentimiento. Agradezco siempre que estuve muy bien acompañada; las socorristas estuvieron conmigo, me brindaron información y me ayudaron a conseguir las pastillas. Estuvieron muy presentes preguntando si todo iba bien, cómo estaba yo. Me dieron todas las indicaciones, me hice controles después de eso, ellas me dijeron a dónde ir. Sé que si no lo hubiera hecho, hoy no tendría amor, ni tiempo, ni energía, ni felicidad para mis hijos, para mí ni para nadie. Hoy soy una mujer alegre que volvió a su centro, a su arte, a trabajar, a tener tiempo, a disfrutar cada momento con su hijo. Yo aborté para ser feliz.

La contratapa de la edición impresa del prestigioso periódico New York Times del 7 de agosto de 2018 es un llamativo afiche verde de Amnistía Internacional. Minimalista, directo, reza: “Adiós percha. Las complicaciones por abortos inseguros son la principal causa de muerte materna en Argentina. El 8 de agosto, lxs senadores

argentinxs pueden elegir cambiar esto si votan la ley para descriminalizar el aborto. El mundo está mirando. #AbortoLegalYa”.

La noche previa a la votación, las feministas ponen en marcha el dispositivo final de intervención callejera, la acción en la que desencadena este hilo de militancia que tejieron con tanta fuerza los últimos cuatro meses. Grupos autoconvocados se reúnen en todos los barrios de todas las ciudades, con una misma estrategia y un mismo objetivo: teñir la ciudad de verde para que el 8A la urbe amanezca abortera. Signadas por la ética del cuidado que promueve el feminismo, ninguna compañera puede quedar expuesta al momento de salir a hacer las intervenciones. Siempre se hacen en manada, con los recaudos necesarios para poder garantizar la seguridad de todas: no andar sola, avisar por dónde se va a estar, llevar DNI, descartar rápido los aerosoles al ver las luces azules de un patrullero.

Esta noche, Valentina y sus amigas socorristas tienen cita en el patio de una casa del centro platense: abrigadas bajo un cielo abierto y estrellado que parece ser suyo, quince mujeres recortan enormes pañuelos, tiras y banderines de friselina verde, preparan las pinturas, atan guirnaldas de pañuelos, ríen, se miran a los ojos, se festejan.

Atraviesan el centro de la ciudad dejándolo verde a su paso. Trabajando rápido y organizadamente, como hormigas clandestinas, desde los árboles y faroles del boulevard de diagonal 74 atan tiras, al Alfonsín de mármol

de Plaza Moreno le cuelga un pañuelo, el Julio Lopez de Plaza San Martín ahora también pide por el aborto legal. “Que sea ley”, se lee en cualquier recoveco.

Utilizan los últimos trozos de tela verde en las rejas que rodean la Casa de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. “Aborto legal es justicia social”, escrachan, con letra grande y orgullosa.

A pocas horas del comienzo del debate final, Gabriela Michetti anuncia que se adelantará la sesión a las diez y media de la mañana a pedido de un grupo de senadorxs. Durante las últimas horas de la noche circula información confusa, la imagen de una solicitada firmada por la vicepresidenta y el mensaje de feministas de la Capital pidiendo a todas que mañana estén en el Congreso lo antes posible.

El porroteo no es bueno hace varios días: quedó estático con 31 intenciones de voto a favor, 38 en contra, una ausencia anunciada y dos indecisiones.

Hoy el cielo está todo gris. Pilotos, paraguas, capuchas, gorros y bufandas se entremezclan con pañuelos verdes, pieles cubiertas por gibré, banderas de organizaciones de todo el arco político y carteles hechos a mano que abogan por la libertad de elegir sobre el propio cuerpo.

Obelisco, 9 de Julio, Avenida de Mayo, Plaza de

los Dos Congresos, Callao, Corrientes, y todas las calles aledañas: desde temprano, la Capital Federal está tomada por el feminismo. El despliegue es absoluto. En cada pared del centro porteño hay un graffiti alusivo, en cada esquina se escucha un murmullo fijo que ya pareciera ser el soundtrack fijo de este invernal y sobrepoblado escenario ciudadano: “Aaaaborto legaaal / een el hospitaal”.

Desde los balcones de Avenida de Mayo cuelgan unas enormes telas verdes. Hay pasacalles por doquier y están incluso quienes que se animan a tirar fuegos artificiales. La multitud está viva y es heterogénea. “Si este no es el pueblo, ¿el pueblo donde está?” arenga un ensamble desde uno de los escenarios. Desde temprano la lluvia cae, gélida, sumiendo a la ciudad de Buenos Aires en una nube de neblina y humedad que pareciera ser infinita. La sed de conquistar un derecho fundamental es tanta que a las pibas no las para ni la inclemencia que promete el clima para el resto del día.

Las iglesias están valladas y custodiadas por policías.

La Campaña triplica su apuesta a conciencia de que se esperan unas dos millones de personas en la calle. Cada una de las carpas y escenarios dispuestos lleva el nombre de compañeras que fueron clave en la lucha histórica por el aborto en la Argentina: Diana Sacayán, Alieda Verhoeven, Ana María Acevedo, Dora Coledesky, Lohana Berkins, Cecilia Lipszyc. En la lucha por el aborto legal, seguro y gratuito convergen todas las corrientes del feminismo: las religiosas, las abolicionistas, las pro-sex, las rad-fem, las

ecofeministas, sólo por mencionar algunas. La lucha es de todas y si bien tiene sus eventuales referentes, el feminismo es un movimiento súmamente orgánico a sí mismo.

En las inmediaciones al Congreso, cientos de centros culturales, locales y casas particulares abren sus puertas para que, a lo largo de la tormentosa jornada, las mujeres entren a descansar, beban algo caliente, carguen sus celulares.

En otra de las tantas demostraciones de la capacidad de inventiva que tiene el feminismo, un grupo de mujeres platenses organizó el bordado de un pañuelo verde gigante: tiene veinte metros de largo por ocho de ancho y está siendo intervenido por montones y montones de manos, que, punto a punto, dibujan el logo de la Campaña con lana blanca. Las que no bordan, sostienen paraguas sobre las que lo están haciendo. Nos cuidamos entre todas, dicen.

Paula, Valentina y las demás socorristas aguantan el frío, el cansancio, la incertidumbre. Están donde sienten que hay que estar, aunque sea un lugar incómodo.

En la Cámara Alta empezó el debate y desde temprano se escuchan insólitos argumentos en contra de la legalización: el salteño Rodolfo Urtubey hace apología de la violación diciendo que “hay violaciones que no tienen esa configuración clásica de la violencia sobre la mujer, sino que a veces la violación es un acto no voluntario”. La pejotista sanjuanina Cristina López Valverde, que percibe un sueldo como funcionaria pública que ronda los 150 mil pesos,

anuncia su voto en contra porque “no tuvo tiempo de leer el proyecto”. El mismo consta de catorce páginas. El pensador contemporáneo Esteban Bullrich se la juega: “¿Qué es la vida? La vida es lo que nos hace estar hoy acá, sin vida el resto no existe. Así de importante es la vida, sin vida no hay Pacto San José de Costa Rica, no habría Constitución Nacional, no habría Senado. No existiría la sanción de las leyes, la lucha de géneros, no hay nada”.

Hoy es diferente al 13J. Es festivo pero de un modo distinto, una especie de celebración del avance logrado pero entremezclado con el sabor amargo de saber que aún queda mucha batalla por dar. El clima es de aguante, de bancar la parada. Hoy, la resistencia son las mujeres. El panorama no es bueno y, salvo que repentina e inesperadamente al menos cuatro votos viren a verde, gana la ilegalidad del aborto en la Argentina. Las pibas afuera lo saben, lxs senadorxs adentro también. La lluvia no cesa, por momentos el viento amenaza con llevarse banderas y carpas volando, bajo los aleros de las veredas se amontonan puñados de personas que buscan reparo ante la inclemencia del frío.

Pero las ideas se defienden con el cuerpo hasta el final, y las pibas saben que la victoria es estar juntas.

Pasada la medianoche comienza el cierre del debate. Uno de los discursos más esperados es el de Cristina Fernández de Kirchner, quien cierra el bloque de senadorxs del FpV-PJ y durante casi media hora diserta sobre la incapacidad de la Cámara Alta de estar a la altura de la

circunstancia. “Hoy vamos a rechazar lo que viene como media sanción de Diputadxs y van a seguir produciéndose abortos en Argentina. Y ahí ya no es una cuestión de convicciones o de creencias, sino de dar respuesta como legisladores y legisladoras a un problema que existe”, dice.

Con su característico temple, gesticulando y sin titubear ni por un segundo, sostiene: “Hay quienes dicen que fue mi hija, una militante feminista, quien me hizo cambiar de opinión. No. No fue mi hija. (...) ¿Quieren saber quién me hizo cambiar de opinión? Fueron las miles y miles de chicas que se volcaron a la calle; verlas abordar la cuestión feminista, verlas criticar pero también describir la realidad de una sociedad patriarcal nos debe colocar a todxs en un lugar distinto. Esta ley no va a salir esta noche, pero quiero decirle a todos y a todas que no será este año, será el año que viene o el otro”.

Después de catorce horas de debate, casi a las tres de la mañana la votación termina como se esperaba: 38 en contra y 31 a favor.

Después del 8A todo sigue más o menos igual.

En términos materiales, no cambió mucho. Si Manuela, Mariela o cualquier mujer del país queda embarazada sin desearlo, va a tener que conseguir misoprostol clandestinamente y va a tener que pagarlo a un precio

elevadísimo en el mercado negro. Y esto considerando ciertos privilegios de clase: poder pagarlo y poder hacerlo en condiciones seguras, tener acceso a la información y un círculo que contenga.

Lo que cambió para siempre pertenece al plano simbólico. Ya hay muchos puntos que no tienen vuelta atrás. Hoy Manuela y Mariela pueden decir que abortaron y no les avergüenza ni les da miedo decirlo. Saben quiénes están de su lado y también saben cómo piensan lxs que no piensan como ellas.

Eso sí da miedo: saber cómo piensan. Ver que un senador haga apología de la violación en el Congreso de la Nación. Ser comparadas con perros.

Las pibas están dolidas por lo hipócrita de esta democracia representativa, pero es más grande el orgullo que sienten por la historia que están escribiendo. Están cansadas pero todavía quedan fuerzas. Norita Cortiñas tiene fuerza para seguir buscando a su hijo, ¿no van a tener fuerza las feministas para luchar por sus hermanas?

Esto recién empieza. Más temprano que tarde, *seremos ley*. Y no es una frase hecha: es un destino, porque estamos furiosamente resueltas a ser libres.

INDICE

Prólogo	9
Hola, habla Violeta	11
Abortamos hermanadas	21
Marea verde	29
Gratuita, laica, sexual integral	41
Contra el medioevo	49
Como un tsunami	59
Pelea como una piba	73
Aborto para ser feliz	87

